

La Revista Blanca



Colaborador ..

Soledad Gustavo
Luisa Michel
Pedro Dorado
F. Giner de los Ríos
Juan Giné y Partagas
Pompeyo Gener
U. González Serrano
José Esquerdo
A. Sanchez Pérez
Fernando Tarrida

Francisco Salazar
Manuel Cossío
Carlos Malato

Miguel Unamuno
Anselmo Lorenzo
Fermín Salvochea
Ricardo Mella
Jaime Brossa
Ricardo Rubio
Pedro Corominas
Nicolas Diaz y Pérez.
Nicolás Estévanez
Doctor Boudín
Donato Luben
P. Kropotkin
Elíseo Reclus

Sereno,
Federico Urales

Administración:

1, CRISTÓBAL BORDIU, 1
Madrid.

Resurrección

DOS TOMOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS, 4 pesetas.

Obra de carácter puramente socialista.  En venta Casa editorial Maucci, Barcelona.

Biblioteca de LA REVISTA BLANCA

- LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkin, 1 peseta.
MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, dividida en tres tomos, á 2 ptas uno
EL PROLETARIADO MILITANTE, por Anselmo Lorenzo, 3 pesetas.
EL PROBLEMA SOCIAL, por P. Kropotkin, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo, 20 cts.
LEY DE HERENCIA, drama en cuatro actos, por Federico Urales, 1 peseta.
HONOR, ALMA Y VIDA, drama en tres actos, del mismo autor, 1 peseta.
ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta, 30 céntimos.
LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS, por Ricardo Mella, 1 peseta.
LA MONJA, por Diderot, 1 peseta.
ELEMENTOS DE ANARQUÍA, por G. C. Clemens, 40 céntimos.
SANTOS CASERIO, por Pedro Gori, 20 céntimos.
EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX, por Nicolás Díaz Pérez, 2,50 pesetas.
Colección del tercer año de REVISTA BLANCA, 4 pesetas.
JOSÉ MAZZINI, por el mismo, con un prólogo de Pi y Margall, 1 25 pesetas.
DE LA INSTRUCCIÓN, conferencia sobre la enseñanza laica, por el mismo, 2 pesetas.
CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA, por A. Pellicer, 75 céntimos.
ALMANAQUE DE LA «REVISTA BLANCA» PARA 1901, 50 céntimos.
ALMANAQUE DE LA QUESTIONE SOCIALE PARA 1901, 70 céntimos.
LA ANARQUIA ES INEVITABLE, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EL AMOR LIBRE, por Carlos Albert, 2 pesetas.
DEL AMOR: *Modo de acción y finalidad social*, por R. Mella, 50 céntimos.
NUESTRAS CONVICCIONES, por J. Hrenatnom, 20 céntimos.
LA ANARQUÍA SE IMPONE, 20 céntimos.
MEMORANDUM, por P. Esteve, 1 peseta.
EVOLUCION Y REVOLUCION, por Elíseo Raclus, 1 peseta.
FUNDAMENTOS Y LENGUAJE DE LA DOCTRINA ANARQUISTA, por Altair, 25 céntimos.
LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ, por A. Lorenzo, 20 céntimos.
DIOS Y EL ESTADO, por Miguel Bakomine, 75 céntimos.
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN, por R. Mella, y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, todo 10 céntimos.
SOBRE CIENCIA SOCIAL, por Félix B. Basterra, 20 céntimos.
LA PESTE RELIGIOSA, por Juan Most, 20 céntimos.
LOS MALES SOCIALES. *Su único remedio*, por Emilio Z. Arana, 40 céntimos.
LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por L. Bonafulla, 10 céntimos.
¿DÓNDE ESTA DIOS?, por Miguel Rey, 20 céntimos.
LA ESCLAVITUD MODERNA, por Leon Tolstoi, 1 peseta.
LA MUERTE DE LOS DIOSES, por Dmitri Merejkowsky, dos tomos, 1 peseta tomo.
PALABRAS DE UN REBELDE, por P. Kropotkin, 1 peseta.
EL JARDÍN DE LOS SUPLICIOS, por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
SEBASTIÁN ROCH. (La educación jesuítica) por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
IMITACIONES. LOS COSACOS, por León Tolstoi, 1 peseta.
TRABAJO, por Emilio Zola, dos tomos, 2 pesetas tomo.
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure, dos tomos, 1 peseta tomo.

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 82.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

15 Noviembre de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*¿Qué es anarquismo?*, por Emma Goldman.—*Ideas propias*, por Donato Luben.
CIENCIA Y ARTE: *Ejercicios de velocidad*, por Fernando Lagyange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Crónica de arte y de sociología*, por J. Pérez Jorba.—*La luz*, por Maurice Donnay y Lucien Descaves.—*París*, por Emilio Zola.
SECCIÓN GENERAL: *Notas de un bohemio*, por Antonio López.—*Gorki*, por Pío Baroja.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCION DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO VI)

Al llegar aquí pedimos un favor á nuestros lectores; les pedimos que lean de nuevo lo que dijimos de Aristóteles al hablar de la filosofía griega. Si esta merced nos conceden serán confirmadas nuestras afirmaciones respecto de que la filosofía moderna, y más la sociología, no es otra cosa que la idea de Aristóteles engrandecida por los adelantos que la humanidad ha hecho en todos los órdenes; hasta en aquellos que permiten estudiar nuestro propio pensamiento. No tan sólo sabemos más, sino que sabemos el por qué de este saber nuestro, aprendido creando ciencias que antes no existían; tales como la patología, la fisiología, la antropología, la psiquiatría, que tienen por objeto el estudio del hombre en sus múltiples manifestaciones. Tenemos la debilidad ó la condición de creer que estas nuevas ciencias han surgido de la filosofía sensualista, la primera que ha presentado las pasiones humanas como leyes naturales ineludibles y hermosamente grandes.

La importancia que aquella filosofía dió á los sentidos, al mundo exterior, *a priori* si se quiere, á pesar de sus pujos de experimental, hizo que los psicólogos y los hombres de ciencia dirigieran sus investigaciones hacia las cualidades humanas. De ahí la creación de las ciencias antes nombradas. Considerando al hombre una resultante de dos cantidades y de las cuales surge la unidad del alma con sus atributos espirituales, inalterables, absolutos, de libertad, de leyes universales, el estudio de las enfermedades mentales no tenía razón de ser porque el espíritu, simple é inmaterial, no puede padecer dolencia alguna como substancia; tampoco podían ser objeto de estudio ni de mejora aquellas condiciones que se consideran inherentes al alma, porque ésta, como toda entidad espiritual, no es susceptible de análisis. De ahí que el espiritualismo jamás hubiese dado lugar á las ciencias que nacen de la concepción materialista, como son aquellas que estudian las enfermedades y los atributos del cerebro humano. Asimismo la concepción espiritualista no podía crear la fisiología ni las ciencias que tienen por objeto el estudio de nuestro organismo, puesto que aquella concepción presenta como cosa muy distinta y muy separada, sin

relación, ni ley de influencia ni de armonía, el cerebro y el cuerpo, y, por consiguiente, le era imposible creer que un mal cuerpo fuera causa directa de un mal cerebro. No pudiendo concebir tal ley orgánica, porque no hacía depender nuestros actos de sensaciones, tampoco podía dar al estudio de nuestro cuerpo, de sus funciones y de sus influencias, la importancia filosófica que dió origen á la constitución de la fisiología. Porque la prueba es por demás clara y sencilla. Si yo creo en el alma única, con principios inmutables y absolutos, sin relación de ninguna clase con los agentes exteriores y materiales, no puedo creer que las enfermedades de mi alma ó de los atributos que doy á lo que comúnmente se llama alma, sean de origen material, y para mí ha de ser obra de charlatanes aquellas ciencias que estudian material y experimentalmente el por qué de la voluntad, de la memoria, de la conciencia, de la locura, del talento, etc.; y hasta la misma psicología, tan cercana al espiritualismo, y la herencia intelectual ó espiritual, que da razón á los que creen en las ideas innatas, si bien éstos generalmente por ideas innatas entienden las de la concepción de Dios, de lo eterno y absoluto que, según ellos, se presentan en todos los hombres sin menester estudio, y la razón que hoy abona la existencia de las ideas innatas es de origen absolutamente orgánico, necesitan del mundo exterior para vivir y fortalecerse. La filosofía sensualista ha abierto el camino, pues, á todas aquellas ciencias que tienen por objeto el estudio del hombre en sus relaciones con el mundo exterior y de las cuales la educación, el medio ambiente, la higiene, han sido el principal auxiliar; y siguiendo esta orientación veremos cómo el anarquismo no es más que una consecuencia de aquella filosofía, ya que desde el momento que los hombres no tienen libre albedrío, ni leyes absolutas, ni personalidad fija y son un juguete de la educación, del ambiente, de leyes orgánicas, que nacen con él, la autoridad y las medidas represivas de nada sirven, como efectivamente demuestra la experiencia y la ciencia todos los días. Si una sociedad que no castiga ningún delito, pero en la que todos los hombres tienen lo que necesitan, produce menos crímenes que otra donde la más leve falta se castiga con la muerte, pero que tiene por base la explotación del hombre por el hombre, y, por tanto, la miseria para unos y lo superfluo para otros, el desespero y la lucha y la guerra, resulta que más que la bondad ó la voluntad humana, más que el temor al castigo, puede el mundo exterior que nos rodea. Luego los sensualistas, al dar toda la importancia á los agentes exteriores y ninguna á las fuerzas de nuestra alma, estuvieron en lo cierto y pusieron la primera piedra á la sociedad sin leyes penales, pero con una base justa. Con injusticias sociales y con castigos, los delitos se producen, porque más fuerza que nosotros tienen el ambiente que nos rodea y la herencia, que no es más que un producto de aquel mismo ambiente. Pues para ser justos y lógicos al principio sensualista, hemos de establecer una sociedad sin gobierno y sin Dios, sin penas en esta ni en la otra vida; pero en la que todo lo del mundo sea de todos los hombres, que si todo es de todos, como la naturaleza y la industria produce muchísimo más de lo que la humanidad necesita, cada uno de sus miembros podrá satisfacer sus necesidades de cualquier clase que fueren y no habrá razón para prohibir ni para coartar las voluntades. Sin Dios y sin leyes viviremos mucho mejor de lo que vivimos con ellos dentro de una sociedad que, como la actual, todo te impele al crimen, porque para atender tus necesidades has de robar lo que otro necesita para satisfacer las suyas, desde el instante que la insolidaridad y el engaño es la base de las actuales relaciones humanas.

He aquí por qué al hablar de Aristóteles dijimos que la evolución de su materialismo ha producido el anarquismo sin leyes ni dioses, pero con la justicia y prodigalidad de la naturaleza.

Hemos visto y estudiado las intermitencias que ha sufrido el principio aristotélico. Fué desatendido en Roma porque aquél era un pueblo aristocrático. Fué desatendido en Alejandría porque allí concurrió la filosofía judaica, en exceso mística; la filosofía maquiueista, tan amante de las fuerzas ocultas, y la filosofía romana con los gérmenes de Zenón, que son los del cristianismo, y las especies filosóficas de que hemos hablado al tratar de la composición espiritual de aquel cuerpo de doctrina. El positivismo, el materialismo de Aristóteles fué recusado por todos los pensadores de la escuela teológica que constituyeron las religiones modernas. Sólo al surgir el profeta Mahoma y al dotar á sus creyentes del espíritu guerrero y conquistador que les ha hecho célebres en la historia de las invasiones y de las correrías, resucitó el aristotelismo que los árabes encontraron traducido en Siria, porque Siria había sido dominada y conquistada por Alejandro, discípulo de Aristóteles. Los pensadores árabes tradujeron á su vez á la lengua del Corán los libros de aquel gran pensador griego, cuyo espíritu llevaron á todos los países que iban conquistando. Así lo vemos primero en el Norte de Africa, con Alfarabí y Avicena y en España después con Avempace, Tofail y Averroes. Lull combate á Aristóteles en Averroes; la filosofía se ennegrece desde aquel instante y entra en el misticismo. Hasta Vives, á pesar de sus tendencias empíricas, declara la guerra al positivismo aristotélico. Y si Vives hace esto, ¿qué harán los escolásticos? Aristóteles ha muerto otra vez, porque ha muerto el verdadero espíritu filosófico; pero renace al cabo de un siglo en Bacon de Verulamio, para no morir jamás; para evolucionar hasta el sensualismo de Helvecio y producir *La Enciclopedia*, la revolución política, las ciencias naturales, las ciencias humanas ó del estudio del hombre como cuerpo orgánico sometido á las acciones de los agentes sociales y de la naturaleza; para producir el materialismo económico, el materialismo político, el materialismo social, ó sea la sumisión de las instituciones y de las sociedades al sistema experimental, que es el siguiente: No forméis leyes *a priori*; no deis instituciones á los hombres sin estudiar antes á estos mismos hombres. ¿Qué consecuencias se deducen de aplicar el experimento á la filosofía? Que los sistemas coercitivos no han dado buenos resultados; que las leyes no han impedido el crimen; que el temor al castigo no detiene el brazo del hambriento ni el del ser humano que se ve escarnecido y vilipendiado. Luego si en la filosofía hemos desechado las teorías *a prioristas* y en la ciencia hemos hecho lo mismo; si no sirve ya la abstracción y sirve sólo el experimento, ¿por qué no hemos de adoptar el mismo método en las relaciones humanas y en la constitución de las sociedades? Esto han preguntado los filósofos y al hacer esta pregunta se han convertido en sociólogos, pues la sociología no es más que la filosofía experimental, el estudio de la sociedad y de sus miembros sometido á hechos positivos.

A priori se creó la propiedad y se dijo después: «Creamos ahora la autoridad para que garantice nuestros bienes.» Así hablaron los sacerdotes convertidos en amos al correr de los siglos. Pero á pesar de la autoridad, esto es, de la fuerza, la propiedad no fué respetada. ¿Y por qué no fué respetada? Porque era y es un sistema puramente abstracto; porque va contra todas las leyes naturales, positivas; porque se opone al bienestar de todos y de cada uno de los mortales; y el materialismo y el sensualismo y el experimento tienden á eso, á querer aquello que nos favorece individualmente y á rechazar aquello que nos perjudica. Desatendiendo esta ley de vida, esta regla que nace y muere con el hombre, con todos los hombres y todas las humanidades, se creó la propiedad y la ley y la autoridad y la religión; y la propiedad, la ley, la autoridad y la religión mueren mientras el hombre vive y crea el anarquismo, que es la supresión de todo sistema *a priorista* en las sociedades, el establecimiento de aquellas reglas que lleva y exige el propio organismo

del hombre: el experimento, la práctica, el egoísmo, si se quiere, de cada uno, el propósito de vivir bien y mejor cada día, el deseo que sentimos del goce, de satisfacer todas nuestras necesidades, ha de determinar la constitución de las sociedades, no las leyes de los jurisconsultos, ni las máximas de los sacerdotes, ni las teorías de los pensadores, que son, en la sociedad, lo que las ideas *a prioristas* y absolutas fueron un día en la filosofía y en la ciencia.

Bacón sentó este principio en las teorías filosóficas:

«No admitamos más que aquello que el experimento compruebe y acepte como bueno y positivo, y rechacemos aun aquello que aparentemente nos parezca verdad, si no viene comprobado por los hechos.» Bajo este principio surgió la nueva filosofía, la nueva ciencia. La alquimia se convirtió en química; la astrología, en astronomía; la ira de Dios, en leyes físicas; la plana superficie de la morada del hombre, en superficie esférica; las luces que Dios puso en el firmamento, en grandes soles y en inmensos mundos; la inmovilidad de la tierra, en astro móvil, y en gravitación universal, la armonía de la obra divina. Esta es la labor de la filosofía experimental. Principió por sujetarlo todo á la razón en el fundador del principio, y acabó por sujetarlo todo á la sensación, al mundo exterior, que modifica y se burla de la voluntad en muchos casos.

Desde Bacón á Loke, la filosofía empírica va de la razón á la conciencia. Desde Loke á Condillac, salta de la conciencia á la sensación. Desde Condillac á Broussais, la sensación se convierte en conmoción puramente orgánica. Desde Broussais á Helvecio, la conmoción se torna instinto de vida, odio por el dolor, amor por el placer. Esto es todo: hacemos lo que nos proporciona placer, y hasta cuando nos sacrificamos por un semejante nuestro, satisfacemos un deseo que ha de proporcionarnos glorias, halagos, alabanzas y admiración de las demás personas. Ni siquiera existe el bien por el bien mismo; porque si alguna vez exponemos nuestra libertad ó nuestra vida en favor de otros, es porque no podemos dejar de hacerlo, ya que en nosotros puede más la condición de salvadores, de sacrificados, que la de indiferentes al mal ajeno. En último extremo, unos podrán ser mejores que otros moralmente, podrán ser mejores para la sociedad, para la comunidad, porque están prestos á sacrificarse por ella; pero, sobre no ser el sacrificio una condición sana, vital, las cualidades que cada uno reunimos no son nuestra obra, sino la de todos, y por esto mismo no podemos pedir recompensa por los que gozan sacrificándose por los demás, ni penas por los que sienten placer perjudicando á sus semejantes. Lo que hay es que el hombre, con todos los atributos de vitalidad, de grandeza y de justicia, no quiere la infelicidad ajena, como no quiere el dolor propio; y si las sociedades se dirigen, como nosotros creemos y creen todos los naturalistas, á la constitución de un hombre sano y á la formación de una sociedad justa, nos dirigimos hacia una humanidad que hallará goce haciendo bien, es decir, el bien será una consecuencia de nuestro egoísmo. ¿Que este tipo humano está lejos? ¿Que esta sociedad tardará en constituirse? No es propio de nuestra especie medir el tiempo. Si lo fuere, no ya nosotros, el hombre primitivo se hubiera tendido á la bartola, dejando para otros la realización de sus aspiraciones. Desde el momento que hemos dejado de ser el hombre de las cavernas, es que somos capaces de llevar á término, sin temor al tiempo ni á las penalidades, aquello que tenemos por bueno en el orden social y científico. ¿Imposibles? ¿Dónde están? Mucho más difícil de ser creído para nuestras humanidades era el movimiento de la tierra que el establecimiento de la sociedad que los anarquistas defendemos; y, sin embargo, á pesar de que la idea estaba en pugna con todo el pasado del hombre, con todas sus creencias religiosas, con el contenido de sus libros más venerados, y de sus leyes y de su moral toda, hoy na-

die duda de que la tierra da vueltas alrededor del sol. Al fin y al cabo, para el establecimiento de la sociedad natural, sin castigos, delitos ni recompensas, miserias ni grandezas, no se necesita más que dejar libre al hombre, porque sus propias leyes orgánicas le llaman al goce, al bienestar, á la satisfacción de sus pasiones y necesidades, mientras que para constituir las sociedades presentes, ha habido necesidad de falsear todas nuestras inclinaciones y atributos, oponiendo obstáculos, leyes, órdenes, mandatos y penas, para impedir que se cumpliesen nuestros deseos, los grandes deseos que el hombre lleva en sí y por los cuales es hombre.

Y ¿por qué los espiritualistas y los materialistas, no anarquistas, llegan á una conjunción en el panteísmo, primero, y en el excepticismo después? Porque no fundan el objeto de la vida en la vida misma.

Los espiritualistas, dejándose llevar por la lógica de sus propias ideas, entran inmediatamente en el misticismo, y dicen: «Puesto que este mundo es una estación de tránsito donde es menester padecer para colocarnos mejor en la eternidad, bien están las injusticias y las penalidades, que nos allanan el camino de la otra vida. Dios está en nosotros, Dios nos ha creado, Dios ha hecho el mundo. ¿Para qué hemos de mejorarlo nosotros, ni intentarlo siquiera? Dios proveerá, puesto que ni las hojas de los árboles se mueven que Él no lo ordene.»

Los materialistas exclaman: «Puesto que la ley de la evolución es inalterable, las cosas que han de ser, serán, y las que no han de ser, no serán, por mucho que nos empeñemos en que sean.»

He aquí la resultante de no tomar la vida como objeto de la vida misma.

Hay muy poca diferencia de fiarlo todo á Dios, á fiarlo todo á la evolución. ¿Qué más quisieran los magnates, los sacerdotes de ambas escuelas, que van bien montados en el machito del pobre y eterno esclavo? ¿Es que no tenemos nada que hacer? ¿Es que no hemos de vivir lo mejor que podamos? Si no moviéramos un pie, sin pensar en que lo movemos, no para filosofar en este ó en aquel sentido, sino para satisfacer una necesidad, la vida tendría un objeto práctico y un estímulo encantador, y una realidad bellísima.

El mundo será esto ó será aquello, tendrá ó no tendrá fin; lo importante es que, mientras vivamos en él, nos demos buena vida. ¿Podemos dárnosla? Aquí está la cuestión. Nosotros, los anarquistas, creemos que sí; otros creen que no; pero los que creen que no, oponen leyes y castigos á las creencias é ideas ajenas.

FEDERICO URALES

(Se continuará.)

¿QUÉ ES ANARQUISMO?

La palabra anarquía suena mal á la mayor parte de las personas, porque se la presentan como sinónima de maldád, relajamiento, caos. Estiman que los anarquistas son una banda de viles facinerosos que desconocen el uso del peine y del jabón; resueltos á matar á los ricos para repartirse su capital. Sin embargo, la anarquía es para sus adeptos una teoría social que procura obtener el orden con ausencia de todo gobierno del hombre por el hombre: significa, en una palabra, completa libertad individual.

Si hasta aquí la palabra anarquía ha sido interpretada como significando un estado de ilimitado desorden, es porque se ha enseñado á la gente que deben ser dirigidos, que son gobernados sabiamente y que el gobierno es una necesidad.

En los pasados siglos, todo individuo que afirmaba que la humanidad podía seguir

su camino sin ayuda de una autoridad terrena y espiritual, pasaba por loco y concluía sus días en un asilo de alienados ó en una hoguera; mientras que hoy hay impíos hombres y mujeres á centenares de miles, que se ríen de la idea de un Ser sobrenatural.

Pero los librepensadores de hoy, por ejemplo, creen aún en la necesidad de un Estado que proteja á los hombres, sin penetrar en la barbarie de las instituciones gubernativas. No comprenden que el gobierno jamás ha existido ni puede existir sin opresión; que toda autoridad se haya hecho culpable de grandes crímenes contra la sociedad.

La autoridad se ha desarrollado sucesivamente de despótica en anarquía, oligarquía, plutocracia; pero nunca ha dejado de ser una imposición.

No se puede negar que es grande el número de personas de buenos sentimientos y de mejor voluntad que deseen mejorar las condiciones presentes; pero no está su espíritu suficientemente emancipado de los prejuicios y de las supersticiones de los siglos bárbaros para comprender lo que hay en realidad en el fondo de la institución llamada gobierno.

«¿Cómo podríamos vivir sin gobierno?—dicen unos—. Si nuestro gobierno no es bueno, procuremos remplazarlo por otro; pero en absoluto no podremos prescindir de él.»

Lo malo es que el buen gobierno es una ilusión, porque su misma existencia está basada en la tiranía de una clase sobre otra. «Pero los hombres deben estar gobernados—observan—; desean estar guiados por leyes». Pues bien; si los hombres son niños que es preciso conducir, ¿quién es bastante perfecto, bastante sabio, bastante puro para estar en el caso de gobernar y guiar á sus compañeros?

Nosotros pretendemos que los hombres se gobiernen por sí mismos individualmente. Si para esto no están aún maduros, en el mismo caso se hallan para gobernar á los otros. ¿Es posible, además, que un solo hombre ó un pequeño número de hombres dirijan los millones de ciegos que componen una nación?

«Pero necesitamos á lo menos alguna autoridad»—nos dice uno de nuestros amigos. Ciertamente, y esa autoridad nosotros la tenemos también; es aquel poder irresistible de las leyes naturales, que se manifiesta lo mismo en el mundo físico que en el social.

Comprendamos ó no esas leyes, es menester obedecerlas, porque forman parte de nuestra existencia. Somos esclavos absolutos de ellas; pero esta esclavitud de ningún modo es humillante, ni está establecida en los códigos.

La esclavitud, tal cual existe hoy, tolera un amo exterior, un legislador extraño á los que le obedecen; las leyes naturales, al contrario, no están fuera de nosotros, sino en nosotros. Y solamente conforme con estas leyes vivimos, respiramos, nos movemos; no siendo ellas enemigas nuestras, sino nuestras bienhechoras.

Las leyes establecidas por el hombre y reunidas en los códigos, ¿están en conformidad con las naturales? Nadie puede ser capaz de afirmarlo.

Y porque las leyes que han hecho los hombres no están en conformidad con las de la naturaleza, la humanidad sufre tantos males. Es un absurdo hablar del bienestar humano mientras no seamos libres.

Nada tiene de asombroso el que ciertas personas combatan con tanto encarnizamiento la anarquía y sus propagandistas: esta doctrina exige un cambio demasiado radical de las reglas actualmente admitidas, y la activa y celosa propaganda de sus propagandistas ha de herir á muchas conciencias con sus grandes y nuevas verdades.

Se predica la paciencia y la resignación á los pobres, á cambio de recompensas ultraterrenas. Pero al miserable paria que nada tiene suyo, y que ha de implorar un pedazo de pan, ¿qué le importa que las puertas del cielo se abran para él más ampliamente que

para el rico? En presencia de la inmensa miseria de las masas, tales promesas parecen una amarga ironía.

He encontrado pocos hombres y mujeres inteligentes que defendieran con honradez y conciencia los gobiernos existentes; todos estaban de acuerdo conmigo en muchos puntos; sólo en el momento decisivo de los hechos les faltaba valor moral para demostrar y declararse francamente partidarios de los principios anarquistas.

Nosotros, que tenemos escogido el sendero que nos trazan nuestras convicciones, en defensa de principios científicos y naturales, combatimos la organización llamada Estado, y proclamamos el derecho igual á la producción y á gozar de la vida.

Una vez libertados de las restricciones de una autoridad extraña, los hombres pactarán libremente; las organizaciones se formarán de voluntades autónomas; cada uno contribuirá al bienestar común y al suyo propio, trabajando lo que pueda y consumiendo lo que necesite.

Todos los descubrimientos y todas las invenciones técnicas modernas servirán para hacer el trabajo más fácil y agradable; y la ciencia, la instrucción, el arte, accesibles á todos, perfeccionarán y ennoblecerán la raza, y la mujer será igual al hombre.

«Todo está muy bien—replica alguno—; pero los hombres no son ángeles, son egoístas.»

¿Y qué? El egoísmo no es un crimen ni un obstáculo; lo es solamente dentro de las condiciones que permiten á un individuo satisfacer su egoísmo en detrimento de los otros. En una sociedad anarquista cada uno buscará satisfacer su yo; pero como la naturaleza, nuestra madre, ha arreglado las cosas de manera que aquellos sobrevivan sólo con la ayuda de sus vecinos, el hombre, á fin de satisfacer su yo, extenderá su ayuda á los que le prestarán la suya; y así, el egoísmo, resultará un bien.

Tal es nuestro ideal.

Un puñal en una mano, una antorcha en la otra y todos los pórticos desbordantes de bombas de dinamita; he ahí cómo pintan al anarquista sus enemigos. Se le considera un semiloco y un semibribón, que no tiene más objeto que el desbarajuste universal; no conociendo otro medio para llegar al fin que asesinar al primero que halla á su paso. El esbozo es una horrible caricatura; pero no es de extrañar que sea generalmente aceptada, por cuanto esta idea se vocea á grandes gritos entre un público siempre dispuesto á creer los sueños más fantásticos con una terquedad digna de mejor causa.

Entre tanto nosotros pensamos que la anarquía, es decir, la libertad individual, no se obtendrá sin violencia y que es la misma violencia la que la arrastra á las Termópilas y á Maraton.

Más claro y fuerte que nunca el pueblo reclama la libertad, y las condiciones para llegar á este fin son cada vez más favorables.

Es evidente que á través de la historia se elabora una evolución, á la que cederán todas las esclavitudes y la violencia bajo todas las formas. Y de aquella evolución ha de salir la libertad plena y sin límites, libertad para todos y libertad para cada uno. De ahí claramente se desprende que el anarquismo no puede ser un movimiento retrógado como se insinúa; en el ejército de la libertad, los anarquistas marchan á la vanguardia. Es absolutamente necesario que la masa del pueblo jamás olvide la lucha gigantesca que debe preceder á la realización de nuestras ideas, y los anarquistas usan de todos los medios á su disposición: la palabra, la prensa, la acción, para apresurar el desenvolvimiento revolucionario.

El bienestar de los hombres no es posible sin el comunismo y la anarquía, sin la

igualdad en economía, sin la libertad en derecho. El sistema comunista excluye lógicamente toda relación de amo á criado y significa en realidad anarquismo; pero para llegar á este fin, precisa hacer una revolución social.

En cuanto á la violencia que para la gente caracteriza al anarquista, no se puede negar y no se negará que la mayor parte de los anarquistas están convencidos de que la «violencia» no es más de condenar en un individuo que en un pueblo oprimido que se vale de ella para conquistar la libertad.

Los tiranos han condenado siempre la rebelión de los oprimidos: la Grecia asombra á la Persia, las Horcas caudinas á Roma y Bunker-Hill á Inglaterra. ¿La anarquía puede establecerse, sin las leyes de la fuerza que lo gobiernan todo?

EMMA GOLDMAN

IDEAS PROPIAS

Ciertamente no es concebible la duda que los espíritus vacilantes experimentan al penetrar en ellos las verdades luminosas propagadas, como credo sacrosanto de redención, por el socialismo militante.

Deslumbrados por el torrente de luz vivificadora que se irradia sobre los hombres cuando la verdad socialista se desborda, mostrándose en toda la serena magnitud de su grandeza incomparable, los *iniciados* vacilan, dudan temerosos de que el socialismo resulte algo así tan fascinador y engañoso como la mágica ilusión de un sueño irrealizable. Vacilan abrigando el vago temor de que todo cuanto el *credo socialista* ofrece á las sociedades emancipadas del porvenir, resulte en definitiva una *utopta sublime*, creación morbosa del cerebro calenturiento de algún *lipomontaco* portentoso, aferrado á la idea fija de generosos altruismos irrealizables. Pero si los que vacilan ó ponen en duda la posibilidad práctica de la instauración del socialismo, paráranse á reflexionar con el debido detenimiento, y se penetraran profunda y conscientemente de que todo principio socialista gira sobre el centro atractor de la justicia incorruptible y es presidido por la más real y positiva de las igualdades sociales, por la igualdad inviolable que proporciona á los humanos la absoluta independencia económica; al observar que el trabajo es en nuestro sistema el gran regulador que, determinando la extensión de los *deberes* sociales, determinará también la extensión de todo derecho y libertad humanos; al enterarse, en fin, debida y concienzudamente, de tan hermosas y salvadoras verdades, pronto caerían en la cuenta del *por qué* se sienten atraídos irresistiblemente hacia el socialismo, persuadiéndose al propio tiempo, de que no son *quimeras irrealizables*, ni *ensueños de alienados*, los principios de emancipación y regeneración social que conmueven, en agitaciones redentoras, las masas esclavas en el presente momento histórico, albor feliz de luchas gigantescas y grandes transformaciones sociales.

Fundado el socialismo contemporáneo sobre principios de la más estricta equidad, aspira á la derrocaçión del capitalismo, no por sistema y sin orden, como creen muchos visionarios, ni por prurito exagerado de entregar los destinos del mundo á los bélicos ardores pasionarios de la confusión revolucionaria, ni mucho menos todavía, por espíritu de venganza y odios de clase; sino para determinar la emancipación económica de las muchedumbres obreras despojadas, á fin de que todos los hombres, libertados y dignificados, gocen con libertad del producto de sus obras y realicen constantemente en su misma iniciativa y autonomía, radiantes de placer y de ventura, los portentos que les están

reservados; portentos maravillosos que, en un porvenir de paz y libertad más ó menos lejano, han de aumentar y centuplicar fecundamente prodigios y armonías indescriptibles y bienes de selección y humana perfectibilidad sin cuento.

No es el socialismo revolucionario por sistema. Es simple y juiciosamente justiciero. Y siendo justiciero, no hará el socialismo, claro está, la revolución para vengar agravios de clase, sino para destruir inicuas tiranías, acabar con miserables espoliaciones, y realizar, en fin, un acto solemne y vigoroso de justicia social.

Acabará con todos los grandes sofismas legalitarios, con toda clase de onerosos dominios; y, como todo desea arreglarlo del modo más humano posible, el socialismo, magnánimo y clemente, hará también justicia á los explotadores y tiranos del pueblo, convirtiéndolos fraternalmente en miembros útiles á la nueva sociedad del porvenir, no negándoles, en su inmensa sed de justicia, el derecho á ser libres y respetados, derecho que á toda criatura humana le es indeclinable por el *solo hecho de haber nacido*.

No vaciléis, pues, espíritus medrosos; el socialismo no es el caos, no es la perturbación no es la venganza, no es la ruina. El socialismo es la paz, es la justicia, es el amor y la magnanimidad redentora. Tiene por principio fundamental la libertad moral, política y económica de todos los hombres, basada sobre la igualdad y el trabajo, la justicia y la fraternidad.

Un sistema social que en el trabajo se fundamenta, no puede ser un sistema de ruina, que el trabajo es el manantial copiosísimo de toda grandeza fecunda, la fuente inagotable de toda dicha y bienestar, la emanación poderosa de toda virtud, de toda dignidad, de toda ciencia; el summum, el fin de toda rehabilitación humana, ya que por su solo impulso viripotentísimo, nace y se desarrolla toda riqueza, se desenvuelve toda filosofía y se verifica y afirma todo humano conocimiento y todo bien social.

Eterno en pretérito y en futuro, es el trabajo el espíritu vivificador de la libertad que exhala hálitos de redención, fraternidad y consuelo por todos los ámbitos del universo mundo, sin que, á su impulso regenerador, deje, ni dejar pueda, de conmoverse fuerza alguna, pues que todo germina, se forma y florece bajo su acción creadora y omnipotente.

Lo acabamos de ver: el socialismo es la felicidad, es la redención, pues que se funda en la libertad y el trabajo.

No hay, pues, que vacilar; y cuantos sientan asco hacia la injusticia imperante y odien á la tiranía y aborrezcan la explotación infame que el hombre ejerce sobre el hombre, que luchen sin temor, con bravura heroica, en pro del socialismo, si quieren contribuir con su esfuerzo á la emancipación de la humanidad oprimida.

DONATO LUBEN



EJERCICIOS DE VELOCIDAD

I

Acumulación del trabajo por la sucesión rápida de los movimientos.—Resultados comunes á los ejercicios de fuerza y de velocidad; «la sed de aire»; la sofocación.—Fuerza y velocidad combinadas.—El ejercicio forzado; sus peligros.—Función del sistema nervioso en el ejer-

cicio de velocidad.—Ley de Helmholtz; retraso del músculo; «tiempo perdido».—Excitabilidad del músculo; su papel en el ejercicio de velocidad; su variabilidad según las especies animales; el caracol y el pájaro; su variabilidad según los individuos y los pueblos; los remeros holandeses.—Efectos de los ejercicios de velocidad.—Efectos debidos á la acumulación del trabajo; se parecen á los efectos de los ejercicios de fuerza.—Efectos debidos al gasto de influjo nervioso; resultados sobre la nutrición.—¿Por qué la velocidad produce el adelgazamiento?

Se llaman ejercicios de velocidad, los que exigen la repetición muy frecuente de movimientos musculares.

Hay grandes diferencias entre los diversos ejercicios de velocidad, desde el punto de vista de la intensidad del trabajo. Muchos de ellos pueden citarse como tipo de ejercicios violentos; la carrera, por ejemplo. Otros muchos, por el contrario, necesitan tan pequeño gasto de fuerza, que apenas merecen el nombre de ejercicio. Un pianista haciendo escalas, á pesar de la extraordinaria velocidad del movimiento de sus dedos, no efectúa más que un trabajo muscular insignificante.

El carácter esencial del ejercicio de velocidad, es la multiplicación rápida de los movimientos musculares. Una serie de esfuerzos poco considerables, pero frecuentemente repetidos, permiten ejecutar en poco tiempo un trabajo considerable sin poner en juego masas musculares muy importantes. En efecto, diez movimientos que exijan cada uno un gasto de fuerza de 10 kilogramos, deben representar el mismo trabajo que un solo movimiento cuyo gasto de fuerza fuese igual á 100 kilogramos, y se comprende fácilmente que diez movimientos rápidos pueden ejecutarse en el mismo tiempo que un solo movimiento lento. Desde el punto de vista de la suma del trabajo efectuado, el ejercicio de velocidad puede ser absolutamente equivalente á un ejercicio de fuerza.

Los ejercicios de velocidad, lo mismo que los de fuerza, pueden, pues, producir una gran suma de trabajo en poco tiempo. De esta condición común, se desprenden ciertos efectos idénticos, la sofocación, por ejemplo. Pero cada género de ejercicios tiene su carácter propio, de que derivan resultados muy diferentes. Los unos piden al músculo que dé á su contracción toda la energía de que sea capaz; otros no exigen que la fibra muscular se contraiga con toda la fuerza posible, sino que pase, en muy poco tiempo, un gran número de veces, del reposo á la acción.

El carácter esencial de los ejercicios de velocidad, del que se desprenden sus efectos fisiológicos tan notables, es justamente ese paso alternativo y frecuentemente repetido de los músculos del estado de extensión al de contracción.

Hay que estudiar también los ejercicios de velocidad desde dos puntos de vista muy diferentes: 1.º, la rapidez con que el trabajo se acumula; 2.º, la velocidad con que los movimientos se suceden.

La acumulación rápida del trabajo depende de dos factores, que son: la cantidad de trabajo representada por cada esfuerzo muscular, y el número de esos esfuerzos en un tiempo dado. Que el trabajo se acumule por la intensidad de los esfuerzos, ó por su número, los resultados son los mismos. Así, la sofocación será la misma después de 100 movimientos que representen 10 kilográmetros, que después de 10 movimientos que representen 100 kilográmetros, si en ambos casos la suma de trabajo se ha efectuado en el mismo tiempo. Un hombre que suba lentamente una escalera con un fardo muy pesado al hombro, hace un trabajo de fuerza. El que se lanza á toda carrera en un camino llano, hace un ejercicio de velocidad. Ambos ejecutan en poco tiempo una gran cantidad de trabajo; uno por movimientos lentos, cada uno de los cuales representa gran gasto de fuerza; el otro por movimientos rápidos, que representan aisladamente una cantidad de

trabajo infinitamente menor, pero que, multiplicando los esfuerzos, concluyen por hacer un gasto de fuerza considerable.

Así, los ejercicios de velocidad pueden, lo mismo que los de fuerza, producir la acumulación del trabajo. El hombre que corre, lo mismo que el que lucha, produce ejercicio á «altas dosis».

De este modo la velocidad puede suplir á la fuerza, y permite que ciertos individuos, de músculos débiles, tengan el beneficio de los efectos generales del ejercicio violento, sin exigirles esfuerzos muy intensos, que no podrían ejecutar. La intensidad de las combustiones del trabajo es proporcional al total de la fuerza gastada, sea que este gasto tenga lugar en masa y de un solo esfuerzo, sea que se haga por fracciones sucesivas mediante pequeños esfuerzos muy frecuentes. Ahora bien, la producción de los residuos de la combustión, como el ácido carbónico, es proporcional también á la intensidad de la combustión; de la dosis de ácido carbónico acumulado en el organismo, resulta la intensidad del ansia de respirar, la amplitud y la frecuencia de los movimientos respiratorios. La necesidad de absorber oxígeno está íntimamente ligada á la urgencia de eliminar ácido carbónico, y la *sed de aire* deviene el resultado inevitable de un trabajo muscular muy intenso, cualquiera que sea su forma de ejecución, fuerza ó velocidad.

Los ejercicios de velocidad producen, como los de fuerza, esa *sed de aire*, que es á la respiración lo que el apetito á la digestión. El salto á la comba, los juegos de carrera y las numerosas diversiones de los niños que tienen por carácter esencial el obligarles á rivalizar en velocidad, valen tanto, ó aún más, que los ejercicios de fuerza, desde el punto de vista de la higiene respiratoria. Un niño que acaba de jugar á perseguir á otro, ha absorbido, sin hacer ningún esfuerzo muscular, solamente «jugando», mayor cantidad de oxígeno que si se le hiciera levantar pesas pesadas. La adquisición de la mayor cantidad posible de oxígeno parece ser, en resumen, el más grande beneficio buscado, cuando se pide al ejercicio efectos generales higiénicos.

Entre los antiguos, los ejercicios de velocidad han ocupado siempre el primer rango. La carrera era considerada como el criterio de superioridad del gimnasta; la característica de Aquiles, en Homero, era la velocidad de sus piernas.

Si se hace un paralelo entre los ejercicios de fuerza y los ejercicios de velocidad, se encuentra, pues, este carácter común; ambos activan la respiración. Pero los ejercicios de fuerza no producen este resultado sino á costa de una fatiga muscular intensa, mientras que los de velocidad permiten llevar el trabajo hasta la sofocación, sin que los músculos se sientan doloridos. En efecto, cuatro movimientos sucesivos, que representen una fuerza de 10 kilogramos, no someten cada uno á las fibras musculares á una prueba tan penosa como un solo movimiento que represente 40 kilogramos. Puede ocurrir, en el ejercicio de fuerza, que la intensidad de la contracción imponga á los órganos del movimiento, partes constitutivas del músculo, una tensión que llegue hasta el límite de su resistencia, y lo exceda alguna vez, puesto que las rupturas de músculos, de aponeurosis y aun de huesos, son accidentes frecuentes en tales ejercicios. En los de velocidad, el músculo no presta, ni mucho menos, toda la fuerza contractil de que es capaz, salvo en las raras ocasiones en que ambos elementos, fuerza y velocidad, se combinan para constituir el ejercicio *forzado*.

Ahora bien, la repetición, aunque sea muy frecuente, de una contracción moderada, no puede producir en el órgano rozamientos comparables á los que determinan las contracciones lentas, pero llevadas á los últimos límites de la potencia muscular. Para vencerse de ello basta ejecutar sucesivamente movimientos muy rápidos del brazo con

un peso muy ligero y movimientos muy lentos con uno muy pesado; y se verá que el segundo ejercicio es mucho más penoso que el primero.

La sofocación rápida y la pronta intoxicación del organismo por el ácido carbónico, son resultados característicos de los ejercicios de fuerza, cuando van acompañados de cierta velocidad. La repetición rápida de un ejercicio muscular, que representa ya por sí solo un gran gasto de fuerza, deberá producir en poco tiempo gran acumulación de trabajo, multiplicando la cifra de kilográmetros que cada esfuerzo representa, por el número de esfuerzos que se suceden en un tiempo dado.

Los ejercicios que exigen á la vez gran gasto de fuerza y gran desarrollo de velocidad, merecen el nombre de *ejercicios forzados*. Piden á la máquina animal más trabajo del que puede hacer, y deben limitarse á un tiempo muy corto, so pena de determinar accidentes graves. Rara vez se observan en el hombre los efectos de esta acumulación excesiva de trabajo. Entre los animales se encuentran ejemplos frecuentes, sobre todo en el caballo; esa noble bestia, que, según la frase de Buffon, «muere por obedecer mejor». Un caballo fogoso, enganchado á un carro pesado y lanzado al galope por una cuesta, hace un trabajo que lo es á la vez de fuerza y de velocidad, y presenta frecuentemente el ejemplo de los accidentes del ejercicio forzado; amenazado de asfixia por el ácido carbónico que se acumula en la sangre, expuesto á rupturas de vasos ó á desgarraduras internas por la comprensión violenta que determina el esfuerzo, muere el animal algunas veces súbitamente por una ruptura del corazón ó cae paralizado de pronto por una apoplejía de la medula espinal.

Así, en resumen, los ejercicios de velocidad tienen la ventaja de producir la misma cantidad de trabajo que los de fuerza y de excitar con igual intensidad la necesidad de respirar. Además, aumentan la actividad de las funciones respiratorias con menos fatiga para los pulmones y para el corazón, á causa de la ausencia del *esfuerzo*, que no interviene sino excepcionalmente en el ejercicio de velocidad, y que es obligado en el de fuerza. De aquí una primera causa de preferencia en favor de los ejercicios de velocidad cuando se trata de aumentar el consumo de oxígeno del individuo.

Del lado del sistema muscular, el ejercicio de velocidad, en igualdad de kilográmetros y de tiempo, producirá menos fatiga que el trabajo de fuerza, y expondrá menos el aparato motor á los diversos accidentes que resultan de las tensiones y rozamientos de las partes móviles.

Pero estas ventajas se contrapesan por otra que debe reconocerse á los ejercicios de fuerza: el desarrollo mayor dado á los músculos. El aflujo de sangre á la fibra muscular es tanto más considerable cuanto más intenso es el esfuerzo; y el contacto de aquel líquido con el elemento contractil, tanto más prolongado cuanto más duradera es la contracción. La siguiente observación prueba este hecho: cuando se sangra á un hombre, la sangre corre un instante con toda su fuerza, y luego se para el chorro. Si entonces se hace mover los músculos del antebrazo, vuelve á correr el chorro, no porque las venas reciban una presión que las vacíe, sino porque la contracción atrae más sangre á los músculos (1). Ahora, si los músculos se contraen de un modo continuo y sostenido, el chorro sanguíneo se precipita lleno y sin interrupción. Si se ensaya hacer una serie de pequeñas contracciones, que se sucedan con gran rapidez, el chorro brota por sacudidas, es más delgado, y en una unidad de tiempo, es mucho menos abundante. Este hecho prueba que

(1) Marcy, *La circulation du sang.*

circula menos sangre por los músculos durante una serie de pequeñas contracciones que en una sola contracción muy sostenida.

No es necesaria otra demostración para probar que la nutrición del músculo debe ser menos activa en los ejercicios de velocidad que en los de fuerza, pues es sabido que la nutrición de una región del cuerpo está en razón directa de la cualidad de sangre que a ella afluye.

Estos resultados, que hemos deducido tomando como base la fisiología del trabajo muscular, están plenamente confirmados por la observación directa de los hechos. Los ejercicios de velocidad no desenvuelven muy sensiblemente los músculos, mientras que los de fuerza hacen aumentar mucho su volumen. Todo el mundo conoce la exageración del desarrollo muscular en los acróbatas, y se sabe también que los corredores de profesión tienen delgadas las pantorrillas. En cambio, los ejercicios de velocidad desarrollan más que ningún otro la amplitud del pecho; y de todos los ejercicios de gimnasio, ninguno mejora más rápidamente la respiración que la carrera *de resistencia*.

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Un motor solar en California.—La expedición polar del Zaria.—En las regiones elevadas: modificación del número de los glóbulos sanguíneos.—El aviador del inventor austriaco Herr Kress.—Bibliografía: La conquista de los mares, por G. Toudouze.—Los submarinos.—El cleptoscopia.—En Inglaterra.—Telegrafía sin hilos.—Contra el cáncer y el lupus.—El Dr. Wigmore en Londres y el Dr. Forcau de Cornelles en París.—Los roedores.—La «pica».—Su tratamiento por el hipnotismo.—El cristal.

Acaba de construirse en Los Angeles (California) un motor solar gigantesco, destinado á sacar agua, y construído según el principio de la concentración del calor de los rayos solares, que aunque ya conocido, no había sido utilizado de una manera absolutamente práctica.

El conjunto del aparato ofrece el aspecto de un paraguas de grandes dimensiones, cuya concavidad está vuelta del lado del sol. Centenares de espejuelos reflejan sobre una caldera, situada en el centro, los rayos del astro del día. La energía combinada de estos rayos produce el vapor de agua necesario para poner el motor en movimiento, mientras un ingenioso aparato de relojería, cuyo movimiento corresponde al de la tierra, en sentido inverso, mantiene constantemente los espejuelos en la posición necesaria respecto del sol.

El calor obtenido es tal, que un trozo de madera echado al interior arde inmediatamente como una cerilla, y hasta objetos de cobre y de hierro se liquidan en algunos segundos. Por lo mismo, la caldera es de un acero preparado especialmente.

Este motor solar pesa, en todo, seis toneladas, y puede extraer 50 hectolitros de agua por minuto de un pozo de mediana profundidad.

Este invento puede prestar grandes servicios á la agricultura si se aplica á la irrigación en los países en que disponen de poca agua y mucho sol.

* * *

Se han recibido en Londres noticias de la expedición ártica del barón Toll, que partió en Junio del año anterior hacia el polo Norte á bordo del yach *Zaria*.

Después de haber completado sus provisiones en el puerto de Alexandrowk, el *Zaria* se dirigió hacia el Jongorkysharz, donde debía tomar más provisiones de carbón.

Una tempestad violenta impidió al barón Toll renovar sus reservas de combustible, y el yach se dirigió entonces al mar de *Kara*, navegando hábilmente entre los hielos, alcanzando sin accidente la embocadura del *Yenissei* sobre la costa oriental de la isla de Kouzkine. Explorando esta isla durante algunos días, los miembros de la expedición mataron gran número de osos blancos.

Después de abandonada esta isla, siguió á lo largo la costa derecha de la península Traimyoski, pero como navegaba entre una niebla muy espesa, el yach encalló dos veces, y se le pudo poner á flote á costa de esfuerzos inauditos.

La expedición inverna en la parte occidental de la península Traimyoski, y desde allí ha podido enviar noticias suyas á las sociedades de geografía de Londres y de San Petersburgo.

* *

Las Revistas científicas suizas han dado cuenta del resultado de los experimentos hechos recientemente por el profesor Zuriqués M. Gaule sobre la modificación que sufre la sangre por la estancia en las regiones elevadas.

Los resultados de los viajes aéreos de M. Gaule, que alcanzó alturas considerables, confirman las observaciones hechas hace algún tiempo en las principales estaciones climáticas de la Suiza, á saber: que la disminución de la presión atmosférica tiene por efecto aumentar el número de glóbulos sanguíneos.

El profesor Zuriqués, que ha hecho sus ascensiones peligrosas en compañía de su valiente mujer, ha comprobado que en Mme. Gaule, la cifra de los glóbulos sanguíneos se había aumentado en 40 por 100 entre las nueve de la mañana y las cuatro de la tarde á una altura de unos 5.000 metros.

En M. Gaule el aumento no fué tan considerable. Sin embargo, á 4.600 metros de altura un milímetro cúbico de su sangre contaba unos nueve millones de corpúsculos, que es una de las cantidades más considerables que se conocen.

En cuanto al aereonauta M. Spelterini, que dirigía el globo, M. Gaule observó en él un aumento mucho más débil de corpúsculos. Su sangre indicaba una cantidad de siete millones por kilómetro cúbico; pero ha de tenerse en cuenta que tiene ya la costumbre de las grandes alturas, lo que en todo caso constituye un ejemplo notable de aclimatación.

* *

Un inventor austriaco, Herr Wilhem Kress, ha estado recientemente á punto de ser víctima de su heroísmo. Hacía ya veinticinco años que este anciano trabajaba para la realización de su proyecto—un aviador sin globo—y en el momento en que esperaba ver sus trabajos coronados por un éxito brillante, ha asistido á la destrucción de su máquina, y él mismo ha estado á punto de perecer.

La idea de Kress, que cuenta numerosos admiradores y ardientes partidarios en Austria, es esta: «Para elevar una cometa se corre contra el viento con toda la velocidad posible. Del mismo modo un ligero barco, provisto de alas y de propulsores, dejará el agua para elevarse por los aires si se le hace marchar contra el viento á una velocidad suficiente».

Es verdad: la experiencia ha confirmado las previsiones de Kress; el barco aéreo ha dejado el agua y se ha elevado por el aire.

Si; pero, ¿y luego?

«Una vez en el aire, añadía el inventor austriaco, las tres alas de mi aparato ayudarán a los propulsores a sostener la aeronave, comprendido el motor, que tiene una fuerza de 23 caballos y no pesa más que 700 libras.»

No es poco; y si M. Kress, cuyo aparato es verdaderamente ingenioso y su valor digno de admiración, se hubiera tomado la molestia de hacer los cálculos, sencillos por demás, expuestos en el número pasado, habría comprendido que disponía de una fuerza harto pequeña en relación con el peso, para que pudiera hacer sus experimentos con buen éxito.

Se dice que pronto comenzará de nuevo. Adelante, y que los buenos no desesperen.

*
*
*

La Conquista de los Mares, que acaba de publicar M. George Toudouze, en casa de Schleicher hermanos, forma parte de la «Colección de los Libros de Oro de la Ciencia».

Es toda una evocación de la lucha del hombre contra el mar; un drama continuo, donde se exponen todas las etapas de la conquista de los Océanos, desde el tronco de árbol ahuecado por el hombre primitivo y la balsa de los tiempos antiguos, hasta los potentes buques de nuestros días.

Hay que leer ese libro, en que el autor nos refiere la historia naval de todos los pueblos, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, haciéndonos asistir a todos los viajes de descubrimientos y presentándonos todos los tipos, grandes y pequeños, contando con los torpederos y submarinos.

Es instructivo y delicioso.

*
*
*

El progreso en la construcción de los submarinos como instrumento de guerra, trae naturalmente consigo el de los medios de defenderse de ellos.

Un ingeniero italiano, Treulzi, ha inventado un aparato, consistente en un sistema de cristales prismáticos, por el cual puede verse la superficie y el interior de las aguas, permitiendo observar los movimientos de un submarino enemigo; pero el *deptoscopio* nombre del aparato, es un arma de dos filos, porque si ve es a costa de ser visto.

En Inglaterra ocupanse también con gran interés de la defensa de los submarinos, y se habla de descubrimientos importantes en este sentido, que se mantienen secretos, según unos para evitar que sean expiados por otras naciones, y no falta quien crea que el secreto sólo oculta la vergüenza de un fracaso.

Despreciando el móvil actual de esos descubrimientos, consolémonos con la idea de los beneficios que de ellos reportará la ciencia en beneficio de las generaciones pacíficas y honradas del porvenir anarquista.

*
*
*

La telegrafía sin hilos ha entrado también en una vía práctica y de verdadero progreso.

Lo triste del caso es que, como los submarinos, esos progresos no salen aún del maldito dominio de Marte.

*
*
*

El Dr. Jaboulay, de Lyon, prescribe el empleo de la quinina para el tratamiento del cáncer, no como remedio radical, sino como paliativo que mejora notablemente el estado del paciente y disminuye sus dolores. Las dosis se administran por inyecciones hipodérmicas.

En Inglaterra continúan aplicándose contra el lupus los rayos X, que parecen haber sido definitivamente abandonados en Francia.

El Dr. Wigmore, director de la sección de los rayos Roengen en el *London Skin Hospital* ha publicado recientemente en los periódicos de Londres una nota en que declara que el tratamiento del lupus por los rayos X le ha dado, en la mayoría de los casos, resultados tan beneficiosos como por el tratamiento de la luz eléctrica, con la ventaja de que el término de la operación es más corto y puede practicarse sin que el paciente sienta el menor dolor.

También el profesor de electroterapia, M. Foreau de Courmelles, nos hace saber que sus experimentos fototerápicos, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, continúan dando en Saint-Louis los más brillantes resultados en los tuberculosos cutáneos, glándes, lupus, etc., y esto con una rapidez que no se obtenía con el aparato Finson.

La acción de la luz química es prodigiosa y profunda: hasta la tuberculosis interna puede aprovechar su benéfica acción, según resultados obtenidos por M. Courmelles.

Pronto nos ocuparemos de los recientes progresos obtenidos con los aparatos Trouvés Foreau, impulsados por nuestro deseo de vulgarizar esos progresos exclusivamente humanitarios, por dichos aparatos, no privilegiados; son tan sencillos que todos los prácticos pueden aplicarlos y todos los constructores reproducirlos. Loable ejemplo, digno de ser imitado por los inventores de procedimientos destinados al alivio de los desgraciados que sufren.

**

Un médico australiano, el Dr. Saw, expone en el *British Medical Journal* un caso de apendicitis observado en un pilvoro ó comedor de pelos. Sabido es que hay roedores de pelos, como de uñas, y, especialmente en los niños, de portaplumas; pero la manía de los pilvoros puede tener peores consecuencias; se citan casos de gastralgia en que se han encontrado en el estómago de esos pilvoros tumores formados de restos de pelos y de cabellos aglomerados en la cavidad gástrica.

Sirva de aviso á los que tienen la costumbre de morderse el bigoté, que son más numerosos de lo que generalmente se cree: la pendicitis les acecha.

A las diversas variedades de roedores hay que añadir la de los pilvoros, muy desarrollada entre las mujeres, especialmente las que se dedican á los diferentes oficios femeninos en que se practica la costura.

El Dr. Talanson cita varios casos, entre ellos el de una joven modista que, sometida á tratamiento médico por una indisposición ligera, se observó que tenía costumbre de roer su fichú de lana, el cual, en el momento de la observación, tenía ya dos anchos agujeros como si estuviera roído de ratones; dos días después sólo quedaban del fichú dos terceras partes, y al cuarto día era devorado por completo. En la esperanza de curarla de su manía, la declaró el doctor que si no se corregía tendría necesidad de abrirla el estómago para extraerla los pelotones de hilo acumulados, y ante la exposición de numerosos y notables casos llegó á curarse de tan repugnante y desastroso vicio.

Todos esos casos corresponden á los que los antiguos médicos designaban con el nombre de *pica*, que sencillamente consistían en una depravación del gusto que inclina á comer cosas absolutamente inasimilables.

Para el Dr. Talanson todos esos casos proceden de una obsesión, y como producto psíquico más que de origen patológico, basta generalmente, para combatirla, con la sugestión hipnótica.

El Dr. Berillón ha obtenido buen resultado con el hipnotismo en muchos casos de roedores de todas clases, especialmente en los niños, entre los cuales ese vicio se halla tan extendido, que representa, por lo menos, el 25 por 100 de la población infantil de París.

¡Cuántas enfermedades de causa desconocida se originan en esa funesta costumbre de los roedores!

* * *

La *Petite Encyclopedie populaire*, de reciente creación, acaba de enriquecerse con una nueva obra: *El Cristal*, por M. Paul Frick, ingeniero civil, en la cual traza las diversas etapas de la historia del cristal desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, estudiando alternativamente su transparencia y su lucidez, su duración, su resistencia, su elasticidad, etc.

Nos hace conocer también en todos sus detalles la fábrica donde se produce, las operaciones cuyo conjunto forma la industria del cristal; la transformación de substancias tan groseras como la potasa, la cal, la sosa, la arena, en una materia pura y límpida que toma los aspectos más variados: vidrios, botellas, frascos, espejos y hasta esa substancia maravillosa llamada strass con que se intenta substituir el diamante.

Un capítulo especial de esta obra se dedica á las industrias secundarias: tubería, cristales de reloj, esmalte, opalina, mosaico, etc., y números la ilustran.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

P. S. Los periodistas que me han supuesto en Barcelona, los que me han visto en el Ateneo Barcelonés, los que han hablado conmigo en la Rambla y los que han puesto en movimiento á los sayones de Portas, todos han engañado á sus lectores.

CRÓNICA DE ARTE Y DE SOCIOLOGIA

DESDE PARÍS

Alrededor de un proceso.—La acción que conduce á la alegría de vivir.

Nada hay más bello, en el curso de la vida, que el hombre ofreciéndose en holocausto de sus ideas. Así él constituye, para la humanidad, el verdadero héroe, porque llega á la conciliación del mundo real con el ideal, á costa de su dicha, de su sangre ó de su libertad. La influencia del diletantismo, que es algo así como una masturbación de ideas y de sentimientos, resulta nefasta para la ascensión del espíritu humano. ¿Qué valor tienen las nociones nuevas que no hincan en la propia existencia ó en la de los demás? El jugueteo cerebral aleja de toda acción vivificadora, conceptualizando exclusivamente sobre la vida, repudiando su contacto y frecuentación, sin querer formar carne de su carne y alma de su alma, como efectúan dos amantes electivos. Con ello se arriba á lo que, con frase desatemplada, podemos llamar ideología histórica. Esta conduce, casi siempre, á las conclusiones propias del escepticismo y á la inacción peculiar de la indiferencia, que se erigen, sin embargo, cómoda estatua de sabiduría, aun cuando sólo incluyen la expresión de una esterilidad indigente para consigo y los semejantes.

Bueno es que el individuo al anunciar sus ideas palpite de sinceridad. Pero aun es mejor que éstas se traduzcan en su acción personal. El hombre interno, para alcanzar armonía, debe manifestarse en el hombre externo. No es en vano que se lucha, con peligro de la vida, por una finalidad ética. El sacrificio espontáneo da mayor plasticidad y, sobre

todo, mayor *virtualidad* á los pensamientos. Estos, por lo dicho, se ponen en acción. La actividad es la expresión más alta de la vida y ésta envuelve, al unísono, generación y creación.

Podemos distinguir á muchos hombres como verdaderos símbolos de un ideal. Lo que más influye en el ánimo colectivo es la realización de las ideas: la mayoría de los hombres columbran la esencia moral de los actos por su ejecución ó apariencia material. En ello consiste el hecho vivo. Mayor impresión ejerce la nobleza que transpira la trágica elevación de un Sófocles que un tratado profundo de moralidad. Por ello opinamos que la acción de las ideas, por medio de los actos del individuo, es fecunda en la marcha progresiva de la humanidad.

Sócrates, por haber mantenido su pensamiento ante la sociedad, á trueque de su vida, sin dejar nada escrito, engendró toda una filosofía nueva y fué causa ocasional de la orientación ascendente de la misma. Cristo, inmoldándose en aras de la redención del sentimiento, al sucumbir bajo la crueldad por su piedad, contribuyó en génesis y en grado elevadísimo á purificar muchas conciencias, á pesar de las preocupaciones supersticiosas que de él nos ha comunicado, á través de los siglos, la leyenda y la malversación. Es innegable que, á pesar de nuestro estado de emancipación mental, nuestra sensibilidad exhibe á menudo reminiscencias de cristianismo. Muchas veces he creído que el anarquismo realizará algo así como el consorcio entre lo más puro del paganismo, buscando la felicidad para cada cual en este mundo y no en otro imaginario, y la esencia *más* sublime que se desprende del cristianismo, por la dignidad que la idea nueva tiende á imprimir á la vida interior del hombre. Zola ha sido también ejemplo de acción individual para revolucionar la conciencia social, por haber apoyado una idea noble con su actitud; habiendo llegado á deprimir moralmente al militarismo entre las multitudes. Por lo que ahora observo en la vida ordinaria de París, puedo declarar que la congestión de nacionalismo que padecía Francia y que aspiraba á la *consagración* del militarismo, va desapareciendo paulatinamente, y empieza el pueblo á entrever al militar sólo como un mandatario, algunos como un lacayo del crimen legal, para no decir verdugo, y otros como un ente ridículo y adamado.

Tengo la persuasión de que la entereza noble y valiente de Tailhade ha de contribuir mucho á afirmar en la conciencia social los ideales anárquicos. Al revés de lo que dijo un crítico francés y académico, para hacer una frase intelectual, podemos admitir la bancarrota de la moral y de la filosofía burguesas, en que residen las actuales instituciones. La mayoría de los artistas y escritores contemporáneos sienten, piensan y crean con la pasión y la noción de *toda la libertad*. Así como en Barcelona el elemento obrero es el que aplaude con mayor entusiasmo á los autores dramáticos más avanzados, también aquí, según he tenido ocasión de observar, mucha parte del público ingenuo se exalta ante el florecimiento artístico de lo que, de modo más contundente, resume el actual anhelo de emancipación completa.

Tailhade es un anarquista original. Profesa un culto religioso por el arte, quizá con refinamiento alambicado, y se exhibe, al propio tiempo, un espíritu satélite de Rabelais, que es para Francia lo que Cervantes para España. Observaréis por ello que el estilo de Tailhade, más personal que sus ideas (si bien ha tenido la virtud de querer y saber vivirlas), es difícil y caliente, claro y lleno de matices, haciendo sentir el hervor de la sangre, lo que es propio de las sanas naturalezas, y despertando la sensación de lo delicado, lo que es característico de las inteligencias puras.

Como Oscar Wilde, Tailhade es artista y anarquista. Además, vive y filosofa en me-

dio de su arte. Juzgo de inteligencia limitada al libertario que repudie á éste con aversión. El espíritu helénico es sagrado por haber florecido con luz, mediante sus ideas, y con armonía, merced á su arte. Hubo un momento allí, en Grecia, que los hombres fueron libres y puros...

La doble personalidad de Tailhade, que es *muy moderna*, merece ser historiada por un nuevo Plutarco. Su actitud ha sido bella, sin ofrecer grandiosidad. Se ha mostrado sencillo hasta la franqueza, habiendo también huído de lo conceptuoso al escribir lo impugnado: «¡Cómo! Entre los soldados retenidos ilegalmente para vigilar la ruta por do vaya la cobardía imperial; entre los guardabarreras que ganan sólo nueve francos al mes; entre los mendigos errantes, los apartados de la ley, los que en invierno sucumben de frío bajo los puentes, de insolación en verano y de hambre toda la vida, no se hallará uno que tome su fusil, su tizón, ó arranque de los fresnos de los bosques el rebenque prehistórico, subiendo á la peana de las carrozas, para herir de muerte; para dar en el rostro y en el corazón de la canalla triunfante, zar, presidente, ministros, oficiales y clérigos infames, á todos los explotadores que se burlan de su miseria y viven del extracto de su medula, después de hacerle curvar el lomo y de atiborrarle de palabras vanas. ¿Se halla por siempre atajada la calle de la Terrorneril? ¿Será siempre infecunda la semente de los héroes?»

Por esto ha sido Tailhade condenado, como por la glorificación subsiguiente, en su artículo, de los mártires del ideal humano. El escritor francés forma uno más entre los que consagran la acción. Esto me ha sugerido las reflexiones precedentes. Conocidas son las circunstancias en que se ha desarrollado el proceso, y por ello juzgo ocioso ocuparme de ellas.

Digna de encomio es, empero, la solidaridad de que han dado muestras para con Tailhade, escritores tan eminentes como Zola, A. France (expresión perfecta del espíritu francés), Faure, Grave y otros, declarando en favor suyo ó enviándole mensaje de simpatía.



Mucho antes de llegar á los hechos memorables de la Gran Revolución, que envuelve el período heroico del pueblo francés, los filósofos del siglo XVIII habían ideado ya la organización política y social para estatuir los derechos del hombre. Poco después de derribar las viejas instituciones, se llegó á implantar fácilmente el sistema, detalladamente construído, del nuevo ideal humano. Hoy mismo Francia no es más que la realización de las ideas de Rosseau. Cierta es que el Estado, pasando de la abstracción á la institución, ha venido en este país á absorber y anular materialmente al individuo, á pesar de la libertad moral que le concediera.

Kropotkin es uno de los que más se preocupan y han trabajado para verificar las actuales ideas nuevas. Conviene que le imiten, porque después de practicada la iniciación por el pueblo, merced á la propaganda influyente de artistas ó pensadores, se llegará mejor y más pronto á la consecución del anhelado estado de vida. Téngase en cuenta que la nobleza y burguesía francesa del siglo XVIII, antes de la revolución, habían sido catequizadas por el espíritu libre é irreligioso de la enciclopedia, en medio del refinamiento de su existencia. Jugaron con ello, corrieron al nuevo mundo inconscientemente y fueron sus víctimas. Fenómeno análogo puede observarse hoy en determinadas esferas. De ahí que, si no se abandona el esfuerzo, exista ahora probabilidad de obtener en breve el triunfo decisivo.

Hay que indicar el sendero que conduzca á la felicidad deseada. Lo persigue entre otros el pensador Bonglé (de quien hablé en mi crónica anterior), por lo que se colige del discurso leído por él mismo en el colegio de Moissac *Vers la voie par l' Action*:

«Si busco, ante vosotros, el método de alcanzar la vida feliz, despertaré sospechas. ¡Como que los filósofos son tan paradójicos! ¡Preconizan para conquistar la alegría, sistemas tan originales!... Convengo en que el que no puede comer, ya porque no tenga nada bajo el diente, ya porque su estómago no soporte alimento alguno, no sentirá ganas de reír, y sería cruelmente irónico recomendarle la alegría. No se obtiene impulso alguno sin cierta dosis de bienestar. La cantidad de gozo á disponer, depende de cierto número de condiciones externas, sobre las que podemos poco. Pero se reconocerá también con nosotros que dicha cantidad depende, asimismo, de cierto número de condiciones internas, sobre las que podemos mucho: consiste ello, por ejemplo, en el sentido que damos á nuestra conducta, en el fin que fijemos á nuestra vida. ¿De qué lado nos volveremos? Para encontrar la alegría, ¿nos limitaremos á buscar el gozo? Para permanecer jóvenes, ¿pensaremos acaso que sólo existe un medio, «hacer el joven», y volar de fiesta en fiesta? El método se ha seguido con frecuencia, mas no alcanza su objeto... Las almas, con tal método, no se mantienen frescas, como deseamos: se secan y marchitan. Por esto aconsejamos la acción. Tratad, si queréis conservar un corazón joven, de nutrir energía y no inercia: sed hombres de acción y no de pasión. Os exhortaremos á obrar en un círculo definido: en el de nuestra profesión. Ejerced, como hombre de acción, el oficio elegido; id al trabajo cotidiano con amor. Pocas alegrías hay comparables á la del médico que ve levantarse y andar al hombre robado á la muerte. Todos los oficios, intelectuales y manuales, tienen sus alegrías. Pero, una vez cumplidos nuestros deberes profesionales, ¿os cruzaréis de brazos? Si vuestra instrucción lo permite, consagraréis algunas horas de ocio al servicio de los intereses generales. No hay civilización que se mantenga sin el esfuerzo constante de las voluntades.»

Tal es, en forma escueta y saltada, el sentido del discurso noble de Bonglé.

J. PÉREZ JORBA.

3 Noviembre 1901.

LA LUZ

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

MAURICE DONNAY Y LUCIEN DESCAVES

ACTO SEGUNDO

Departamento de una granja en donde los habitantes de La Luz han hecho su sala común. Es una vasta pieza, con las paredes blancas, pintadas; sillas de enea, bancos muy sencillos, estantes llenos de libros; una gran mesa. Sobre la mesa un busto y un enorme bote de tabaco. Al fondo, una alta chimenea. A la izquierda, dos ventanas y una puerta en medio que da al campo. A derecha, una pequeña puerta. Cerca de la chimenea una pizarra, sobre la cual se ha escrito en letras visibles desde el público este pensamiento de Tolstoi: «La riqueza es la principal causa de la miseria.»

ESCENA PRIMERA

CALAMARTE, PELAEZ Y EL TÍO RAFAEL

(Al levantarse el telón, Peláez, encima de una escalera, trabaja en la decoración de la sala; Calamarte, en pie ante una mesa de dibujante, dibuja. El Tío Rafael, sentado cerca de la chimenea, los mira.)

PELÁEZ.—(*Cantando sobre su escalera una canción popular por un momento.*)

CALAMARTE.—(*Cuando el pintor ha concluido de cantar.*) ¡Caramba con Peláez! Todo su repertorio nos hará oír; no hay ocasión de fastidiarse un minuto en su compañía.

PELÁEZ.—El que no quiera, no podrá.

TÍO RAFAEL.—El caso es que el Sr. Peláez es como el pájaro en la rama. ¡Sabe de canciones!

CALAMARTE.—¡Feliz Peláez! Tú trabajas cantando.

PELÁEZ.—Procuro hacerme útil y agradable como los camaradas... Por esto estamos aquí. Tú mismo, Calamarte, haces lo posible para unir lo útil á lo agradable. Cuando dibujas cuadros y otros objetos para las familias de la colonia, en vez de ejecutar cinco ó seis veces lo mismo, te aplicas en variarlos... que cada uno lo posea distinto, para que sea esto más alegre, más coquetón y no tenga el aspecto de que habitamos un cuartel ó un asilo de inválidos.

CALAMARTE.—Sin duda. Es preciso no confundir igualdad con acuartelamiento.

TÍO RAFAEL.—Claro está.

PELÁEZ.—(*Cantando.*)

«Al salir el sol
canta la perdiz,
al oírla el macho, etc., etc.»

(*Mientras tanto entra Bartolo, un coloso, con cara de hombre de excelente carácter.*)

ESCENA II

LOS MISMOS Y BARTOLO

PELÁEZ.—¡He ahí á Bartolo! ¿De dónde vienes, Delicado?

BARTOLO.—De la ciudad.

PELÁEZ.—¿Has encontrado á Menéndez por casualidad?

BARTOLO.—No.

PELÁEZ.—Su mujer esta mañana lo ha buscado por todas partes. Sí, viejo mío, el cerrajero ha dormido fuera de casa y no sabemos dónde está.

BARTOLO.—¿Esta sí que es buena? De todas maneras, yo no he perdido mi tiempo. Creo que he hecho una adquisición para la colonia.

PELÁEZ.—¿Cáspital? ¿Y qué es ello?

BARTOLO.—¡Vosotros recordaréis el plomero que vino á vernos el domingo último con sus dos pilletes!

PELÁEZ.—Sí; aquellos dos niños que iban descalzos.

BARTOLO.—¡Justo, miseria y compañía! He tomado del montón dos pares de zapatos, y esta mañana he ido á llevárselos á la mujer del plomero á su casa. No quería creer que se los regalaba. «¿Qué le debo á usted?»—repetía. «Nada, le he contestado... Pero tenemos en La Luz algunos desperfectos en el tejado; si su marido, cualquier día que tenga tiempo, quiere venir á darnos una mano, no se lo rehusaremos. Cada uno entiende la economía á su manera; nosotros, poniéndonos al lado del trabajo y de los servicios, damos parte á los amigos y conocidos.»

PELÁEZ.—¿Y tú crees que el plomero se persuadirá?

BARTOLO.—Esto no lo sé; es cosa suya. Si yo he formado demasiado buena opinión de él, ya lo veremos. Otra vez seré más afortunado. ¿Qué nos cuesta esto? ¿Dos pares de zapatos? Haré otros. Pero no es eso todo. He trabajado también para usted, Tío Rafael.

TÍO RAFAEL.—¿Para mí, Sr. Bartolo?

BARTOLO.—(*Sacando de su hule un par de botas.*) Sí; quítese usted los zapatones que lleva, que no son de moda... y póngase éstos, que son flexibles, sólidos, elegantes... ¡de forma inglesa!... ¡de fantasía, caramba!

TÍO RAFAEL.—(*Se quita los viejos zapatos y se pone los nuevos.*) Gracias, Sr. Bartolo, gracias. ¡Pero esto es superior!

CALAMARTE.—Tienes razón, Bartolo; la propaganda por el ejemplo es siempre la mejor. Bueno es hacer comprender al pueblo que no queremos los productos del montón solamente para nosotros... Pero la idea que pueda pasarse sin tortas y pan pintado no entrará fácilmente en la cabeza de las mujeres.

BARTOLO.—Ante todo son el panadero y el tendero de comestibles los que se resistirán. Pero cuando hayamos ganado la mujer á nuestra causa, no tendremos asociados más decididos. (*A Peláez.*) ¿Qué dices tú á todo esto, Peláez? ¿Menéndez ha desaparecido?

PELÁEZ.—Sí, desde anoche. Temo que no se divierte mucho con nosotros y busca donde hacerlo.

BARTOLO.—¡Tanto peor! Su marcha será una pérdida para nosotros. Es un buen obrero.

CALAMARTE.—Sólo tiene un defecto: siente la nostalgia de la taberna. Si tuviera una en La Luz, no se fastidiaría; pero se ve obligado á ir hasta el pueblo para bañarse en las delicias del vino y... está demasiado lejos.

BARTOLO.—Es preciso procurar retenerlo. Su mujer también nos presta buenos servicios. Es muy activa. Desde que ella vende en el mercado los productos de La Luz, los camaradas no tienen necesidad de ir á trabajar en casa de un patrono, para traer el pico de su salario. Y esto es alguna cosa.

CALAMARTE.—(*Señalando el busto de encima de la mesa.*) Digo, Bartolo, que si tú no tienes nada que hacer, deberías desembarazarnos del busto de Santibáñez, que nos estorba. Si no contamos con Menéndez para colocarlo, nos exponemos á aguardar largo tiempo. Tres semanas que rueda por aquí. ¿No le hemos visto bastante al patrón?

BARTOLO.—Vamos, confiesa que tuvo un buen impulso.

CALAMARTE.—Sí, el último tuvo un espasmo de generosidad; pero esto no es una excusa. El fin del medrado que llegó, no justifica sus medios de llegar.

BARTOLO.—Deja tranquilo á ese hombre, que no te oírás más.

CALAMARTE.—De todas maneras su presencia aquí, aun en yeso, jera tan poco necesaria... En fin, tú eres de distinto parecer... ¡A tu conformidad!

BARTOLO.—No es eso, hombre... ¿Dónde lo metes?

CALAMARTE.—Pues allí... Encima de la puerta como estaba convenido.

BARTOLO.—Está bien... Yo me encargo de ello. Peláez me va á prestar su escalera. (*Al Tío Rafael.*) Usted, viejo mío, va á ayudarme.

TÍO RAFAEL.—(*Levantándose.*) Con mucho gusto.

BARTOLO.—Usted me dará el retrato del señor.

PELÁEZ.—¿Verdad que tiene una buena testa nuestro bienhechor?

TÍO RAFAEL.—(*Tomando el busto.*) Y el aspecto muy respetable.

CALAMARTE.—¡Como que no hay que fiarse de las apariencias!

PELÁEZ.—(*Al Tío Rafael, que ha tomado el busto en sus brazos.*) ¡Eh, no se menee usted más, papá!... Grupo: ¡*El capital en brazos del trabajo!*... Sólo falta una verja alrededor para la inauguración.

BARTOLO.—(*En lo alto de la escalera.*) Guarde usted dicha posición, Tío Rafael, que me parece va durar largo rato... Precisa fijar el mueble... Voy á buscar ganchos y tamborettes y arreglaremos esto.

PELÁEZ.—(*Al Tío Rafael que deja el busto.*) Pesa, ¡ehl, papá.

CALAMARTE.—[El busto de un bienhechor es siempre pesado!..

PELÁEZ.—(*Cantando.*)

«Rojo pendón,
no más sufrir
la explotación, etc., etc.»

(*Entre tanto, Bartolo desciende de la escalera y sale.*)

ESCENA III

PELÁEZ, CALAMARTE Y TÍO RAFAEL

(*El Tío Rafael, después de haber puesto el busto sobre la mesa y apartado sus viejos zapatos, mientras Peláez canta, se sienta frente de Calamarte y mira cómo trabaja. Peláez ha vuelto à trabajar en la decoración.*)

TÍO RAFAEL.—(*Tímidamente à Calamarte.*) ¿Viene hoy el señor doctor?

CALAMARTE.—Sí, Tío Rafael... Al menos así lo creo. ¿Por qué me pregunta usted esto? ¿Acaso su herida no se cicatriza aún?

TÍO RAFAEL.—Al contrario, Sr. Calamarte, al contrario.

CALAMARTE.—Os tengo prohibido llamarme señor. Aquí somos todos vuestros camaradas.

TÍO RAFAEL.—Es verdad que todo el mundo es muy bueno para mí... Se me cuida, se me alimenta, me acuesto en una cama... y todo esto por nada. No es costumbre hacerlo... Yo no me reconozco... He engordado.

CALAMARTE.—No mucho.

TÍO RAFAEL.—¡Sí, sí! Hace tiempo que no me he visto en igual estado.

CALAMARTE.—¿Cuánto tiempo?

TÍO RAFAEL.—¡Diantrel; cuarenta... cuarenta y cinco años.

CALAMARTE.—¿Qué edad tenéis, pues?

TÍO RAFAEL.—Setenta años cumplidos. (*Pausa.*) Parece que tengo más, ¿verdad?

CALAMARTE.—No, Tío Rafael, no... ¿Qué hacíais en Madrid?

TÍO RAFAEL.—¡Oh, he hecho un poco de todos los oficios para no morir de hambre! En los últimos tiempos he sido guardián... Por la noche dormía en las casas en construcción, comprende usted... ó bien sobre la vía pública, á la orilla de las zanjas. Allí es donde gané mi bronquitis el invierno pasado... Al salir del hospital busqué trabajo, pero no lo encontré; porque soy demasiado viejo... no me quisieron en ninguna parte. Esa es la causa de que yo partiera á pie... y anduviera adelante hasta que me caí... Por fortuna, caí bien.

CALAMARTE.—Pero vos no habréis vivido siempre solo.

TÍO RAFAEL.—¡Oh, no! He tenido mujer... hijos...

CALAMARTE.—¿Qué ha sido de ellos?

TÍO RAFAEL.—He tenido un hijo, que murió en Filipinas... de la fiebre... y después una hija... que ha desaparecido.

CALAMARTE.—¿Y vuestra mujer?

TÍO RAFAEL.—La perdí hace dos años en el hospital... No sucede á menudo... Cuando llegué para verla, hacía dos días que estaba enterrada. No tenía domicilio, y como no me pudo avisar, ¿comprende usted?...

CALAMARTE.—Sí. (*Pausa.*) En fin, ¿estáis tranquilo ahora?

TÍO RAFAEL.—¡Oh! pero por poco tiempo.

CALAMARTE.—¿Como es esto? ¿Queréis marcharos?

TÍO RAFAEL.—Yo, no; pero pronto estaré curado. ¿Quiere usted que se lo diga, señor Calamarte, y á usted también, Sr. Peláez? Ustedes son unas bellas personas... y no me descubrirán... Pues bien; les engaño. Estoy bastante fuerte para volver á ponerme en camino... El señor doctor, que es buen fisonomista, acabará también por apecibirse de ello.

PELÁEZ.—¿Y tenéis miedo que no os firme la póliza de salida?

TÍO RAFAEL.—¡He ahí! Ustedes me han mimado demasiado... y no tengo valor para marchar. Esta mañana, como todas las mañanas, he ido á sentarme á la extremidad del jardín, donde hay tantas rosas, tan bellas y que huelen tan bien... He estado allí de espaldas al sol... ¡Bendito sol, que con el tiempo me ha tostado y recocido y me ha envejecido diez años!... Pues bien; estos diez años allí, en el jardín, esta mañana me los quitaba como con la mano... Y yo me decía: «¡Ah, no, Tío Rafael, esto no es propio y no puede durar! ¡Goza del resto, viejo mío, que mañana habrás de tomar el bastón y decir adiós á todo lo que te rodea!» Entonces he dado por última vez una vueltecita de propietario y he cogido esta rosa para la marcha.

CALAMARTE.—Decís bien, Tío Rafael: vuestra vuelta de propietario.

PELÁEZ.—Vos sois dueño y es muy bien vuestra vuelta.

TÍO RAFAEL.—¡No se burlen ustedes del pobre mundo!

CALAMARTE.—Si no me burlo.

TÍO RAFAEL.—Si todo el mundo se le pareciera, yo no digo...

CALAMARTE.—Pero si aquí todo el mundo se me parece... Ros, Peláez, Bartolo... todos. Anoche, en el consejo de familia, precisamente se habló de vos y se decidió que permanecieseis aquí todo el tiempo que tengáis á bien.

TÍO RAFAEL.—¿Es verdad? ¿Pero qué haré yo?

CALAMARTE.—Nada, si queréis. Cuando nos podáis hacer algún pequeño servicio por aquí ó por allí, se os agradecerá; he ahí todo.

TÍO RAFAEL.—¿Entonces serán los otros los que trabajen por mí?

CALAMARTE.—Hace bastante tiempo que vos trabajáis para los demás.

TÍO RAFAEL.—Pero esto no es natural... No, esto es demasiado bello... Es un sueño... ¿Y con qué títulos me favorecéis?

PELÁEZ.—¿Con qué títulos? Pero sí estoy seguro que los tenéis todos. Tío Rafael, yo soy huérfano... Y os adopto.

TÍO RAFAEL.—(Emocionado y confundido.) ¡Oh, Sr. Peláez!

MAURICE DONNAY.—LUCIEN DESCAGES

(Se continuará.)

(Traducción de Soledad Gustavo.)

PARIS

(Continuación.)

¡Qué lentitud y qué espera volver á partir desde el punto en que se estaba para continuar la evolución comenzada ya! ¡Pero qué peligro y qué retraso si se volviese hacia atrás, sin saber por qué medio se recobraría el tiempo perdido en medio del caos de los escombros!

—Acostémonos—dijo Guillermo sonriendo—. ¡Es una necedad mía molestarte con to'

das estas cosas que en nada te conciernen!

Pedro iba á franquearse, á dar á conocer todo cuanto pasaba en su interior; pero se contuvo por cortedad, pues su hermano no sabía de él más que la mentira del sacerdote creyente, fiel á su fe; y sin contestar, volvió á su habitación. En la noche siguiente, á eso de las diez, Guillermo y Pedro lefán en la gran habitación de estudio, cuando la vieja criada se presentó para anunciar á Jauzen con un amigo, que no era otro sino Salvat.

—Ha querido ver á usted—dijo Jauzen á Guillermo por vía de explicación; le encontré, y me ha suplicado que le conduzca aquí, cuando tuvo noticia de la herida de usted y de su inquietud..... No es nada prudente.

Guillermo, sorprendido, se había levantado, poseído de la emoción que le causaba semejante paso; mientras que Pedro, trastornado por la entrada de aquel hombre, le miraba sin moverse de su silla.

—Señor Froment—dijo al fin Salvat, de pie y confuso—, me ha causado mucho sentimiento saber en qué situación se encuentra por mi causa, pues no olvidaré jamás que ha sido bueno para mí un día en que todo el mundo me desechaba...

Y moviéndose de un lado á otro, daba vueltas á su sombrero entre las manos.

—Por eso he querido venir á decirle yo mismo—continuó—, que si tomé un cartucho de su pólvora cierta noche en que usted volvía la espalda, ésta es en toda mi historia la única cosa de que me arrepiento verdaderamente, porque puede comprometerle... Y también quiero jurarle que nada debe temer de mí, pues me dejaría cortar veinte veces el cuello, si fuese posible, más bién que pronunciar su nombre... He aquí todo lo que tenía en el corazón.

Y volvió á quedar silencioso, mientras que sus miradas de perro fiel, sus ojos mediatubundos, permanecían fijos en Guillermo, con una expresión de respetuoso cariño. Y Pedro le miraba siempre á través de la execrable visión que su entrada acababa de evocar en él, la pobre modista, la graciosa niña tendida en tierra con el vientre abierto bajo el pórtico del palacio Duvillard. ¿Era posible que aquel loco, aquel asesino se hallara allí y tuviese los ojos húmedos?

Guillermo, conmovido, se había acercado para estrechar la mano del hombre.

—Bien sé, Salvat—dijo—, que no es usted perverso; pero, ¡qué acto tan abominable ha cometido!

—¡Oh! señor Froment, si se pudiese hacer de nuevo, lo haría; ya sabe que es mi idea, y, excepto usted, repito que todo va bien y que estoy contento.

Salvat no quiso sentarse, y habló de pie un instante con Guillermo; mientras que Jauzen, como si no se hubiera interesado, desaprobando semejante visita, inútil y peligrosa, acababa de sentarse para hojear un libro ilustrado con imágenes.

Guillermo supo por Salvar todo cuanto había ocurrido el día del atentado: su carrera errante por las calles de París, como perro apaleado; la bomba oculta primero en su saco de útiles, y después bajo su chaquetón; el palacio Duvillard, cuya puerta cochera estaba cerrada; la Cámara, en la que los ujieres le cerraron el paso; el Circo, donde estuvo á punto de hacer una hecatombe de ciudadanos; y el palacio Duvillard, en fin, donde fué á encallar, como atraído por la fuerza misma del destino. Su saco de útiles dormía en el fondo del Sena, donde le arrojó impulsado por un brusco aborrecimiento al trabajo, que no bastaba para sostenerle á él y los suyos, y tan sólo guardó la bomba para tener las manos más libres. Después habló de su fuga, de la explosión formidable que hizo temblar todo el barrio; de él, y de su alegría y asombro al verse lejos, en calles tranquilas donde se ignoraba todo aún. Y hacía un mes que vivía á la casualidad, sin saber cómo,

durmiendo á menudo fuera, y sin comer todos los día. Una noche, el pequeño Victor Mathis le había dado cinco francos, y otros compañeros le ayudaban, ofreciéndole refugio por una noche, y haciéndole salir al menor peligro. Toda una complicidad tácita le había librado hasta entonces de la policía. Tuvo un momento la idea de huir al extranjero; pero sus señas debían estar en todas partes, se le acechaba en la frontera, y huir hubiera sido apresurar su detención. París era el océano, y en ninguna parte corría menos peligro. Además, ya no tenía voluntad ni energía para huir, y fatalista á su manera, sin fuerza para abandonar el suelo parisién, esperaba que le detuvieran, después de rodar entre la multitud completamente desamparado.

—¿Y la hija de usted, la pequeña Celina—preguntó Guillermo—; no ha querido arriesgarse á verla?

—No, contestó Salvat; está con mamá Teodora. ¿Qué quiere usted? Las mujeres encuentran siempre, y yo estoy acabado, nada puedo hacer por nadie; es como si hubiese muerto ya. Sin embargo, algunas lágrimas asomaban á sus ojos.

—¡Ahl ¡pobre pequeña!—continuó—. La he abrazado con todo mi corazón antes de marchar, y á no ser por ella y la mujer que veía muriéndose de hambre, tal vez no hubiera pensado nunca en hacer lo que hice.

Después, dijo, sencillamente, que estaba dispuesto á morir. Si había concluído por poner la bomba en casa del banquero Duvillard, fué porque le conocía bien, sabiendo que era el más rico ciudadano, cuyos padres habían engañado al pueblo en la Revolución acaparando todo el poder y el dinero, que se empeñaban hoy en guardar, sin querer siquiera devolver la más pequeña parte. Entendía á su manera la revolución, como ignorante que se instruíra tan sólo en los diarios y las reuniones públicas; y hablaba de su honradez golpeándose el pecho con el puño, sin admitir, sobre todo, que se dudase de su valor porque había huido.

—Yo no he robado nunca á nadie, y si no me entrego á los agentes de policía, es porque muy bien pueden tomarse la molestia de buscarme y detenerme. Mi asunto es cosa clara desde que tienen ese punzón y me conocen; pero sería estúpido ahorrarles trabajo. Si no es mañana, que sea pasado mañana, porque ya comienzo á cansarme de ser perseguido como una fiera, sin saber como vivo.

Jauzen había dejado de hojear el libro de imágenes para mirar á Salvat; una sonrisa desdeñosa entreabrió sus labios, y dijo con su mal francés:

—Es preciso batirse, defenderse; se mata á los demás y se procura no morir á sus manos. Esta es la guerra.

Estas palabras resonaron en el profundo silencio; pero Salvat no las oyó al parecer. Explicó su fe con pomposas palabras, y habló del sacrificio de su existencia para que la miseria cesase al fin, del ejemplo de un gran acto que sería imitado por otros héroes para continuar la lucha. Y en esta fe muy sincera, en su iluminismo de redentor, entraba también el orgullo del mártir, la alegría de ser unos santos radiantes y adorados de la naciente iglesia revolucionaria.

Y como había venido se fué. Cuando Jauzen se le hubo llevado, hubiérase dicho que la noche que le había traído le conducía de nuevo á su desconocido. Solamente entonces Pedro se levantó para abrir la gran ventana, porque necesitaba aire. Aquella noche de Marzo era muy dulce, noche sin luna, en la que solamente se percibía el clamor moribundo de París, invisible allí abajo en el horizonte.

Según su costumbre, Guillermo había comenzado á pasear lentamente, y después habló, olvidando de nuevo que se dirigía á su hermano, á un sacerdote.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Cómo se comprende en ese pobre hombre su acto de violencia y de esperanzal Todo su pasado de inútil trabajo y de miseria, siempre mayor, lo explica bien. Por otra parte, hay contagio de la idea; las reuniones públicas, donde las palabras embriagan, y los conciliábulos entre compañeros, en los que la fe se consolida y el espíritu se exalta... He aquí uno, por ejemplo, á quien creo conocer bien: es buen obrero, sobrio y valeroso; la injusticia le ha exasperado siempre; y, poco á poco, el deseo de felicidad de todos le ha desviado de lo verdadero, que acabó por inspirarle horror. ¿Y cómo se quiere que no viva en el sueño que conduce al incendio y al asesinato?... Ahí, delante de mí, le miraba, y parecíame uno de los primeros esclavos cristianos de la antigua Roma. Todas las iniquidades de la antigua sociedad idólatra, agonizante bajo la perversión del libertinaje y del dinero, pesaba sobre sus hombros y agobiábale. Volvía de las catacumbas; había murmurado algunas palabras de libertad y de redención con míseros hermanos en medio de las tinieblas; la sed del mártir le abrasaba; escupta en la cara á los césares é insultaba á los dioses para que la era de Jesús aboliese al fin la esclavitud. Estaba ya dispuesto á morir devorado por las fieras.

Pedro no contestó al pronto: le había llamado la atención ya la propaganda secreta, la fe militante de los anarquistas, por observar en ellas semejanzas con las de los sectarios cristianos en un principio. Aquéllos, al ejemplo de éstos, acariciaban una nueva esperanza de que al fin se hiciera justicia á los humildes. El paganismo desapareció por cansancio de la carne, por la necesidad de otra cosa, por la fe cándida y superior: era la joven esperanza, que llegaba históricamente á su hora; era ese sueño del paraíso cristiano, que ofrecía otra vida con sus compensaciones. Hoy día, al cabo de diez y ocho siglos que han hecho perder esa esperanza, adquiriéndose una larga experiencia, el eterno esclavo engañado, el obrero, vuelve á soñar en obtener la felicidad en esta tierra, puesto que la ciencia le prueba diariamente más que la dicha en el más allá es una mentira. ¡Que sea una ilusión aún, pero que se renueve y rejuvenezca en el sentido de la verdad conquistada! No hay en eso más que la eterna lucha del pobre contra el rico, la eterna cuestión de más justicia y menor sufrimiento; y la conjuración de los míseros es la misma; la afiliación y la exaltación mística son las mismas, y la locura del ejemplo que se ha de dar y de la sangre que debe derramarse es la misma también.

—Pero tú no podrías estar con esos bandidos, con esos asesinos, cuya violencia salvaje me horroriza—dijo al fin Pedro—. Ayer te dejé hablar, porque soñabas un pueblo grande y feliz, esa anarquía ideal en que todos los seres serían libres; pero ¡qué abominación, qué falta de raciocinio y de humanidad cuando de la teoría se pasa á la propaganda y á la práctica! Si tú eres el cerebro que piensa, ¿quién, es, pues, la execrable mano que obra, para matar así á los niños, hundir las puertas y vaciar los cajones? ¿Aceptas tú esa responsabilidad? ¿No se rebelan tu educación, tu cultura, y todo el atavismo social que tienes detrás de ti, ante la idea de robar y matar?

Guillermo se detuvo, estremeciéndose, delante de su hermano.

—¡Robar, matar, no, no; yo no quiero eso! Pero es preciso decirlo todo, determinar bien la historia de la mala hora que atravesamos. Es que sopla el viento de la locura, y á decir verdad, se ha hecho lo necesario para promoverle. A los primeros actos de los anarquistas, inocentes aún, la represión ha sido tan dura, la policía ha maltratado tan rudamente á los pocos pobres diablos que cayeron en sus manos, que poco á poco se despertó la cólera, para dar por resultado horribles represalias. ¡Piensa, pues, en los padres perseguidos, encerrados en una prisión; en las madres y en los hijos muriéndose de hambre en el suelo de las calles, y en los vengadores enloquecidos que deja tras sí cada anar-

quista muriendo en el cadalso! ¡Mira ese Salvat! ¿Sabes tú de qué proviene su crimen? De nuestros siglos de impudencia y de iniquidad, de todo lo que los pueblos han sufrido, de todas las llagas que actualmente nos corroen, la impaciencia de gozar, el desprecio al débil, el monstruoso espectáculo que presenta nuestra sociedad en descomposición.

Guillermo comenzaba á pasear de nuevo lentamente por la habitación, y continuó, como si reflexionara en voz alta:

—¡Ah! para llegar donde estoy, ¡cuántas reflexiones, cuántas luchas! Yo no era más que positivista, yo, un sabio, consagrado á la observación y á la experiencia, sin aceptar más que los hechos probados! Científica y socialmente, admita la siempre y lenta evolución, produciendo la humanidad como el mismo ser humano se produce; y entonces fué cuando en la historia del globo, y después en la de las sociedades, me fué preciso hacer las veces del volcán, del brusco cataclismo, de la violenta erupción que ha señalado cada fase geológica, cada período histórico. Así se llega á probar que jamás se ha dado un paso, ni conseguido un progreso sin el auxilio de espantosas catástrofes; y toda marcha hacia adelante ha sacrificado millares de existencias. Nuestra estrecha justicia se rebela, tratamos á la naturaleza de madre atroz; pero si no excusamos al volcán, forzoso es sufrirlo como sabios prevenidos cuando estalla... Pero tal vez sea yo un soñador como los demás.

EMILIO ZOLA

(*Se continuará*).

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)



SECCION GENERAL

NOTAS DE UN BOHEMIO ⁽¹⁾

V

Han pasado algunos días desde aquél en que Kadur me relató el trágico fin de su hermano, y mis fuerzas desobedecen el mandato imperativo del espíritu de los siglos; no obstante, siento que la salud vuelve con sus alegrías y su fuerza, y espero que pronto podré estar en la brecha, al lado de mis amigos de la ciudad, combatiendo por los ideales de redención, robusto y enérgico como en aquellos tiempos que precedieron á luchas que á nadie interesan, y que fueron causa de que me halle hoy en tan angustiosa situación... Mi amigo, al contrario, se agrava de día en día, y temo un desenlace fatal...

Realmente, el espíritu humano, cuando la enfermedad le lleva á ciertos estados de profundo malestar, abatimiento y debilidad, produce fenómenos extraños.

Lo que anoche tuve no fué un sueño; fué una pesadilla horrible, que da idea de estos fenómenos. Recordé la figura de Kadur incorporado en su lecho de muerte, é inmediatamente visiones raras empezaron á trastornarme, cambiando de forma, actitud y posición, con alucinante rapidez; poco después, con los ojos cerrados y presa de doloroso estupor, asistí á un extraño espectáculo, cuya impresión me ha producido tal cansancio, que creo

(1) Véase el número 73.

ha atrasado mi enfermedad algunos días. Era á orillas de un río caudaloso, de agua sucia y mal oliente. El terreno llano, y anchurosos pantanos, con plantas desconocidas, hacían inaccesible el encauce. El cielo parecía una bóveda de irregulares y enormes sillares, amontonados sin orden ni concierto alguno y sostenidos en el espacio por virtud de no sé qué ley misteriosa, pero amenazando desplomarse sobre la tierra en forma de lluvia rara, á juzgar por su propia gravedad y la de sus colores, más tenebrosos todavía que los de la tormenta. Ráfagas de viento ardiente como el simún y frías como el cierzo, producíanme simultáneamente sudores de fuego y nieve. Lentamente, la curva del cielo se regularizó, adquiriendo color de pizarra; cesaron los vientos, y una tranquilidad de tumba inunda los pantanos. Pasaron algunos instantes, y yo, que víctima de un terror supersticioso estaba acostado sobre ardiente arena muy cerca del agua, oí un ruido que me llamó la atención; era un cocodrilo que salía cautelosamente del agua. Con su cola majestuosa, fuerte como el tronco de un roble y ágil para defenderse de enemigos temibles, y arrollarlos al primer golpe; la boca abierta y amenazadora, mirando al cielo en actitud de guerra, avanzaba hasta mí; fascinado, sentí en mi cuerpo la humedad de sus escamas al rozarse conmigo. Desperté del letargo, abrí los ojos, y mis sentidos extraviados confirmaron la presencia del monstruoso y colosal reptil. Con sorpresa y estupor, noté que el temible saurio se alejaba. A unos diez metros de donde yo estaba, se paró como dispuesto á descansar. Relativamente sereno, en mi triste estado de enfermo anémico y alucinado, recordé vagamente todo lo que los viajeros más célebres han escrito sobre el voraz anfibio, desde Herodoto hasta Adamson. Se alimentan de todo cuanto cogen: de hombres y niños, de toda clase de animales, y hasta de peces; destrozan la presa con sus garras para devorarla después; pero la matan antes con su cola, en cuyo órgano tienen la mayor fuerza. Es un reptil traidor, astuto, feroz y rapaz; es el enemigo más terrible de todos los demás animales, y sin embargo, á mí no me ha comido, me decía; recordé también otro párrafo de un célebre viajero que dice: «Estos animales no son tan crueles y dañinos como se dice, cuando tienen suficiente alimento.» Entonces me expliqué por qué no me había devorado. Habrá comido bastante, me dije.

Cuando ya acostumbrado á mi antipática compañía me sentía tranquilo relativamente, un león venía hacia mí, rugiendo con toda la fuerza de sus poderosos pulmones. La fuerza, la confianza en sí mismo, el valor y la seguridad en la victoria, se reflejaban en su aspecto. Erguida la cabeza, majestuosa la mirada, respetable su actitud, todo en él demostraba nobleza. Un silencio de muerte sucedió á sus rugidos. Yo, atónito, sin saber con certeza si estaba dormido o despierto, si soñaba ó deliraba, miré la fiera y me fué simpática. Decidido á morir por no sufrir más en tan angustiosa situación, un intenso estremecimiento conmovió todo mi ser; pero el felino no se acercaba á mí. Habíase parado á la misma distancia que se hallaba el cocodrilo, y me miraba con soberana energía; todo en él era digno; cuerpo y espíritu. Luego llegó un leopardo; más tarde un tigre, y ambos fueron contenidos por el rey de la selva, antes que llegaran hasta mí. Poco después, una hiena presentóse ante el grupo, y, sorprendida, temblaba todo su cuerpo, mirando al león con espanto. Aquella hiena era la misma que había devorado al hermano de Kadur, hacía muy corto rato. En su hocico vetábase c oágulos de sangre, y en los dientes llevaba migajas de carne humana. Acababa de salir de la gruta sombría, donde la vi días antes refugiada, con la mirada torva, la cabeza gacha, avergonzada de su condición infame. Instantáneamente cambió el paisaje que me rodeaba; secáronse los pantanos y desapareció el río. El cielo se encendió como una inmensa hoguera, y la aldea de H. apareció ardiendo. Sus habitantes huían horrorizados de espanto en escaso número; la mayoría perecían en

tre las llamas, en medio de indescriptible pánico y mortales angustias, gritando y retorciéndose horriblemente. Aquello era una escena colosal, alguna tragedia del infierno; pero no del Infierno de Dante, sino de otro más monstruoso, mil veces más horripilante, que no hay pluma humana que pueda describir. Las fieras, que continuaban cerca de mí, en actitud expectante, empezaron á gritar y rugir, contemplando el imponente espectáculo de la aldea ardiendo. Cref que protestaban de la infame barbarie, y me sentí orgulloso de tan honrada compañía.

Un hombre apareció súbitamente ante las fieras. Llevaba en la diestra una espada desnuda, cubierta de sangre; en sus ropas se veían, salpicados, tiznajos del incendio y manchas encarnadas. Era un sujeto antipático por sus facciones; fuerte y casi atlético, denunciaba con su delgadez, frente deprimida, bigote hirsuto, ojos pequeños y mirada extraviada, esa degeneración que, si bien tiene algo de atávica, es más debida á los excesos del alcohol, á la vida de rufian y á la masturbación continua en las funciones de sexo. Era una alma miserable en un esqueleto de gigante, del que habían desaparecido las carnes, consumidas por vicios repugnantes; un ser abyecto y envilecido; un idiota de la última condición moral, cansado por sus asquerosas costumbres y pervertido por las luchas de su abominable profesión. Aquel hombre había incendiado la aldea y había dado la muerte á las pobres gentes que pudieron salvarse de las llamas. Era el oficial que había abandonado á los cuervos y á las hienas, al hermano de Kadur.

Entonces temí por la vida de las fieras y la mía propia. Aquel monstruo, mil veces más malvado que mis acompañantes, iba á destruirnos á todos como había hecho con los habitantes de la aldea. Quien con tal ensañamiento mata niños, adultos y ancianos, ¿qué no hará con las fieras?, me decía á mí mismo. Pero ¡oh decepción! Aquel hombre era un cobarde. Tuvo miedo y huyó como un miserable, abandonando en su huida la espada y otras armas. Quise entonces vengar con aquellos trastos de muerte tanta víctima por él sacrificada; di un salto, y no conseguí sino caer de mi mugriento lecho... En la debilidad de mi espíritu se habían reflejado la verdad de mis convicciones.

ANTONIO LÓPEZ

GORKI

(EL POETA DE LOS MISERABLES)

Hace dos años, en la redacción de *L'Humanité Nouvelle*, de París, oí hablar por primera vez de Gorki, un escritor ruso á quien algunos llamaban el poeta de los vagabundos.

Entonces el escritor ruso de moda era Tschekow, el autor de *Los moujicks*, que seguía gloriosamente la tradición de Dostoiewski; hoy Gorki ha borrado el nombre de Tschekow, y en Francia y Alemania no se habla más que de este último y se traducen sus obras, que se publican de folletín en los periódicos, y se escriben todos los días artículos acerca de su vida y de su personalidad literaria.

El gobierno del zar, que encarceló á Gorki con otros vagabundos, hizo en Rusia al escritor el hombre del día; hace algún tiempo nadie le hubiera conocido por esto; pero ahora que el mundo literario presta tanta atención á las producciones rusas, la noticia de la prisión de un escritor notable dió que hablar bastante en Europa.

Sin ese acontecimiento es lo más probable que Gorki no hubiera conseguido al fin llamar la atención del mundo literario. Hay escritores que no tienen otro timbre de gloria

que el haber encontrado una zona inexplorada de la vida; son como los viajeros que descubren un lago ó una montaña á los que dan su nombre; hay otros que unen al mérito de descubridores, siempre algo casual, condiciones personales, no debidas al acierto ó á la eventualidad. Breet-Harte, por ejemplo, que ha pintado la vida aventurera de California, y del Occidente americano, con sus buscadores de oro, ha sido además de explorador social un gran humorista; á Rudyard Kipling le sucede lo mismo: nos ha llevado á las regiones ignotas de las orillas del Ganges, ha descrito la vida de los indios, y al interés de reportaje ha unido la magia de su poesía.

Máximo Gorki, como explorador de la sociedad, ha descubierto la vida del garito, de la taberna, la vida criminal y maleante en Rusia; como escritor, ha puesto de manifiesto las condiciones sólidas de su temperamento inquieto, su realismo pujante, sus ideas valientes, que nacen de un concepto del mundo original y atrevido.

Por lo que leo en una de sus biografías, Gorki nació en Nijni-Novgorod, en 1868 ó 1869, él mismo no lo sabe de cierto; sus padres eran gente humilde; quedó huérfano á los pocos años. Entonces hizo una vida de vagabundo recorriendo los caminos, pasando algún tiempo, siempre corto, de aprendiz en fábricas y talleres. Su inquietud no le permitía perseverar en el aprendizaje de los oficios, y constantemente se escapaba del taller y huía por los caminos é iba instruyéndose leyendo novelas. Fué cordelero, grabador-pintor de santos, cocinero, guarda vía, buhonero, mozo de cuerda, hasta que Korolenko el escritor le inició en el mundo literario.

Comenzó Máximo Gorki con su obra *Makar Tchudra*, y su primer éxito lo alcanzó en 1893 con *Tchekach*, el poema del vagabundaje. Después publicó *Malva*, en donde aparecen tipos de mujiks que se hacen vagabundos, *Fornia Gordeiev*, *Los mujicks*, el *Lector* y otras varias que se han traducido en Revistas francesas, como los *Ex hombres*, *Un individualista* y *Los Tres*.

La mayoría de las obras de Gorki son cortas; de todas ellas se desprende una personalidad que constituye un caso típico de patología social. En los cuentos de Gorki, un cortejo de mendigos, de borrachos, de ladrones, se pegan, se insultan, roban, abominan de la sociedad. Es cierto que en las obras de Zola sucede lo mismo; pero el autor de *Los Rougon-Macquart*, como honrado y buen ciudadano, al mismo tiempo que gran artista, indica el mal con la idea piadosa de que se le ataje; muestra la podredumbre de la cloaca humana buscando el remedio, la limpieza, la desinfección. En las obras de Dostoiewski brotan también por todas partes miserias y sufrimientos, y anatemas y blasfemias; pero este gran escritor ruso legitima las deformidades morales y las santifica con una inmensa piedad; Gorki, no; Gorki arroja la deformidad moral sobre la sociedad y la defiende como buena. Gorki no contempla sus tipos con los ojos del hombre de orden, horrorizado del crimen, que pide educación ó cárceles; ni con la mirada de dolor de un pietista cristiano; al revés, Gorki considera sus vagabundos criminales como héroes; se burla del ciudadano de instintos débiles; para él, sus compañeros de crápula, sus amigos, los ladrones y asesinos, son los verdaderos representantes de la fuerza del pueblo no domeñada aún por las leyes. Cierta que no espera de ellos la regeneración de la sociedad; pero eso no le impide admirarlos y enaltecerlos.

El caso de Gorki se viene observando desde hace algún tiempo en todos los países intelectuales. Lo que antes era entusiasmo pacífico por la soledad y el campo, se ha ido transformando en los escritores modernos en odio y en instinto antisocial.

Si seguimos así, dentro de poco, en el terreno de la literatura, los únicos conservadores serán los anarquistas; al lado de ellos, todos estos escritores, como Nietzsche ó Gorki,

anárquicos y antidemocráticos al mismo tiempo, son mucho más disolventes. Los vagabundos cínicos de Gorki tienen la moral preconizada por Nietzsche, esa moral que consiste en satisfacer todos los instintos sin preocuparse para nada del prójimo.

En una de las novelas de Gorki, la hija de un coronel, una niña ingenua, le dice á un galanteador suyo, profesor de filosofía: «¡Dios mío, qué aburrida debe ser su vida, siempre sin poder hacer nada. Mi opinión es que debía usted ser de otra manera: que quiere usted molestar á alguno, pues le molesta usted; que quiere usted ser injusto, séalo.»

Esto parece bastante infantil para no tomarlo en consideración; sin embargo, es un síntoma. Quizás la humanidad ha abusado un tanto de la moral del sacrificio y los hombres comienzan á protestar de esa noción aniquiladora de las energías individuales. La protesta, indudablemente, es exagerada, la preconización de la amoralidad es absurda; pero no hay que pasar ante fenómenos como Nietzsche y Gorki con un gesto de desprecio; necesitan estos casos una explicación, como todo fenómeno patológico.

Para la moral cristiana, el tipo del hombre superior es el asceta; para la moral de Nietzsche y de Gorki, es un criminal; el super-hombre es para ellos un sub-hombre. Gorki tiene un verdadero horror por los tipos morales; como Nietzsche, no se cansa de considerar á todos los socráticos como enemigos de la humanidad. Gorki se burla de los que han substituido sus instintos naturales por un código moral y que se preguntan mientras ejecutan un acto si, conforme á la ley moral de Kant, su acción se podría convertir en norma de las acciones de los demás hombres.

El éxito de Gorki se explica por su amoralidad. Ese instinto anárquico que todos vagamente sentimos es, sin duda, el que hace que lo leamos con gusto y saboreemos sus páginas con la alegría perversa con que se goza de todo lo prohibido.

Todos tenemos un rebelde dentro de nosotros; y como por útil y beneficiosa que sea la constitución del Estado y del orden social, vemos que tiene también sus desventajas, en éstas se basan nuestras simpatías por lo antisocial. La protección de los débiles, que está dentro de los dogmas cristianos, tiene por consecuencia necesaria un encadenamiento de los fuertes, y el que se sienta fuerte y hombre de presa, al verse sujeto por las cadenas de las leyes, ha de mirar con rencor al Estado, enemigo natural suyo que le coarta sus energías. Lo mismo les sucede á los literatos, desde Balzac hasta Gorki: prefieren el ejemplar extraño de la especie humana que se presta á su contemplación y á su estudio, que no un rebaño de bípedos pacíficos y felices que buscan su pasto.

Esta predilección por los tipos antisociales y su amoralidad hacen del nuevo escritor ruso un hombre tan peligroso para el Estado como si fuera nihilista. El mendigo que pasa las noches en las cabañas cubiertas de heno, entre hordas de miserables, á orillas del Mar Negro, copiando las conversaciones de sus astrosos compañeros, es un entusiasta de la vida vagabunda, un cantor de la vida libre y errante. «Vive — dice en uno de sus libros — y espera que la vida te quebrante, y cuando la vida te haya quebrantado, espera la muerte.»

En esa Rusia extraña y misteriosa, en donde las ideas toman una encarnación tan potente, cada hombre parece que lleva dentro un salvaje.

Pío BAROJA

De *El Imparcial*.

REVISTAS Y PERIODICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

- L'Humanité Nouvelle*.—Importante revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte.—9, Rue Garnier Neuilly-sur-Seine.
- Revue Franco-Allemand*.—45, rue Custine XVIII^e, París.
- El Obrero Albañil*.—Tucumán, 3.211, Buenos Aires.
- Freedom*.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.
- Les Temps Nouveaux*.—Rue Mouffetar, 140, París.
- La Protesta*.—Lista de Correos, Línea de la Concepción.
- La Defensa del Obrero*, Gijón.
- El Obrero*.—Badajoz.
- La Protesta Humana*.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.
- El Nuevo Ideal*.—Maloja, 172, Habana.
- El Rebelde*.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.
- La Question Sociale*.—Box, 1.639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).
- El Obrero*.—Calle Méjico, 3.376, Buenos Aires.
- El Despertar*.—99 Madison St. Paterson New Jersey (U. S. A.).
- L'Avenir Sociale*.—Messina (Italia).
- La Campaña*.—Correo, 5, Santiago de Chile.
- La Voz de la Mujer*.—Corrientes, 953, Rosario de Santa Fe.
- A Obra*.—Rua do Norte, 165, Lisboa.
- La Aurora*.—Minas, 117, Montevideo.
- L'Università Popolare*.—Via Tito Speri, 13, Montova (Italia).
- L'Education Liberaire*, rue Reuilly, 3, Paris XII^e.
- Le Reveil des Travailleurs*, rue Monulphe, I, Liège (Bélgica).
- La Alarma*, Sardá, 33, Reus.
- L'Emancipation*, 30, Chaussé Saint Pierre, Bruxelles.
- El Obrero Moderno*.—Balsas, 3, Murcia.
- L'Avenir*.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.
- Germinal*.—Box, 1.136, Paterson, New Jersey.
- Le Reveil*.—Rue des Savoises, 6, Ginebra (Suiza).
- El derecho a la vida*.—Casilla de Correos, 305, Montevideo.
- L'Agitazione*.—Casella Postale, núm. 299, Roma.
- El Acrata*.—Correo 3, Casilla 86, Santiago de Chile.
- La voz del esclavo*.—1.405, Franklyn, Tampa Flá.
- Palestra Social*.—Rua Libero Badaró, 82, Sao Paulo (Brasil).
- Federación*.—Box, 81, Tampa Flá.
- El Productor*.—Provenza, 35, 2.º, 2.ª Barcelona.
- Tribuna Libertaria*.—Calle Río Negro, 274, Montevideo.
- L'Aurora*.—Box, 203, Spring Valley Ill. (E. U.)
- Ontwaking*.—Deurnestraat, 15, Antwerpen (Bélgica).
- Neues Leben*.—Adalbert Str., 99, Hof, I, 49-II, Berlín, S. O.
- Fraternidad Obrera*.—San Fernando, 70, Cartagena.
- El Cosmopolita*, Panaderos, 18, Valladolid.

Retratos.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkin, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín Salvochea, mártires de Chicago, y el de los extrañados de Barcelona, á 15 céntimos; todos en magnífico papel couché.

LA REVISTA BLANCA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>España, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.....</i>	<i>1,50 pesetas</i>
<i>Idem id. id., un año.....</i>	<i>5 —</i>
<i>Paquete de 12 ejemplares.....</i>	<i>2 —</i>
<i>Un ejemplar.....</i>	<i>0,25 —</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.

LA REVISTA BLANCA publica un SUPLEMENTO semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

<i>España, Gibraltar y costas de África, trimestre.....</i>	<i>1 peseta</i>
<i>Idem id. id., año.....</i>	<i>4 —</i>
<i>Paquete de 30 ejemplares.....</i>	<i>1 —</i>
<i>Número suelto.....</i>	<i>0,5 céntimos.</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.